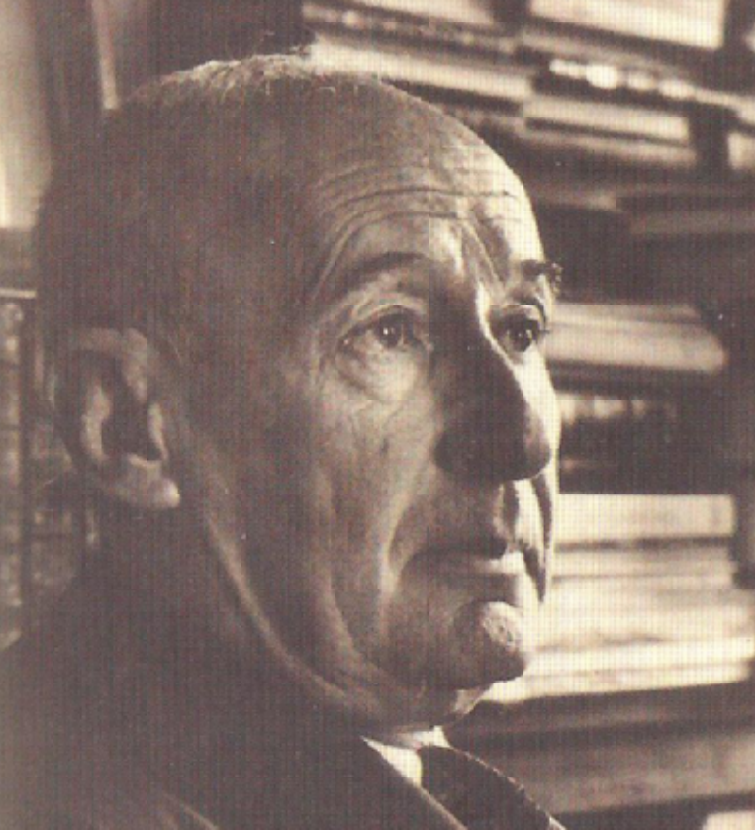

CONSEJO EDITORIAL

El ladrón de ataúdes

y otros textos

Julio Torri

El ladrón de ataúdes

y otros textos

Julio Torri

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura
© Consejo Editorial del Gobierno del Estado

El ladrón de ataúdes

y otros textos

Julio Torri

consejo editorial

Cuauhtémoc sur 349
Saltillo, Coahuila

Esta obra es publicada sin fines de lucro
y su distribución será gratuita.

Enero de 2019

Impreso en Saltillo, Coah., México

Presentación

FOMENTAR LA LECTURA es una responsabilidad social, por ello dentro de las acciones que el Gobierno del Estado lleva a cabo está la del fomento continuo a la lectura, en la que ha participado muy activamente el Consejo Editorial del Estado con la publicación de la Colección Clásicos de Bolsillo, que ya tiene dos emisiones con 10 títulos de autores de fama universal.

La tercera emisión de esta Colección está dedicada a cinco autores coahuilenses, con señalados méritos en la literatura de nuestra región y figuras importantes dentro de la cultura en el estado, por lo que el nombre sufre una variación: Colección Clásicos Coahuilenses de Bolsillo, que incluirá textos poéticos y narrativos de Manuel Acuña, José García Rodríguez, Rafael del Río, Felipe Sánchez de la Fuente y Julio Torri.

Así, el gobierno de Coahuila brinda a las nuevas generaciones la oportunidad de deleitarse con las

creaciones literarias de estos coahuilenses de letras de los siglos XIX y XX, creaciones que son el espejo del tiempo en que vivieron. Leerlas nos permitirá ponernos en contacto con lugares, personas, costumbres y experiencias de aquellas épocas.

Miguel Ángel Riquelme Solís
Gobernador Constitucional
del Estado de Coahuila de Zaragoza

¡Bienaventurados los crédulos,
porque de ellos será el reino de
la ficción!
(De mi futuro libro
Religión y costumbres de los antiguos.)

Para vosotros escribo estas verídicas historias, los que guardáis en el arcón de vuestras riquezas espirituales dos onzas de credibilidad en los antiguos cuentos; los que no habéis malgastado en cursos de ciencias aquella curiosidad con que oíais, de los viejos servidores de vuestra casa, el relato de aventuras extraordinarias y de viajes maravillosos.

Si en lo más duro de las malandanzas de mis héroes se enciende en vuestros ojos la lámpara de la intranquilidad, me tendré por el narrador de historias más generosamente pagado que hubo en el mundo.

Julio Torri

El ladrón de ataúdes

HACE CUATRO MESES, poco más o menos, que ocurrieron los sucesos que voy a referir. Una tarde, de vuelta de la Dirección General donde trabajo, hallé en mi casa una enorme caja de madera que me había llevado un mozo de cordel. Esta caja contenía un riquísimo ataúd de ébano, labrado maravillosamente y con pesadas incrustaciones de plata y marfil. El ataúd estaba vacío, y sólo hallamos mi mujer y yo una carta prendida con un alfiler a uno de los muelles almohadones de raso azul celeste de que está cubierto interiormente. Abierta la carta, decía así.

"–Señor: Tuvimos el honor de asistir a la vista en apelación de la causa seguida contra los hermanos Mohedanos por violación de sepulcros. En el discurso que leyó Vmd. en defensa de los dichos hermanos Mohedanos nos pareció oír ciertas expresiones propias sólo de un fino *connaisseur* de cajas de muerto. Hemos, pues, creído un deber ofrecerle a Vmd. el presente ejemplar, uno de los más preciados de nuestra rica

colección. Fue fabricado el año de 1896 por Gautier de París, y las incrustaciones de marfil, talladas en Italia por Guerrini. Las dimensiones del ataúd que nos permitimos ofrecerle le dan un valor de rareza inapreciable, pues es de los pocos cuya longitud excede de tres metros cincuenta centímetros. De 1890 a esta parte sólo tres ataúdes se han construido del mismo tamaño que éste: uno, para Leopoldo II, rey de los belgas; otro, para el coronel Mulhausen del ejército alemán, quien pidió ser enterrado con su magnífico casco de hulano en la cabeza; y el último, para la duquesa de Olendorff, gran señora rusa que medía dos metros y ochenta centímetros, y que casó en 1898 con el tenor italiano Fiorini.

"Perdónenos que no revelemos nuestros nombres, ni le indiquemos dónde vivimos, porque a fuer de coleccionadores hemos sufrido algunos contratiempos, y se nos persigue actualmente por el robo de unos ataúdes.

"Andamos a caza de un valiosísimo Samuel Smiles de Londres que guardó el cadáver del tercer marqués de Nothinghamm. Este marqués murió en Italia a los veintidós años de edad, y fue retratado por Sir Joshua en 1757. (National Gallery.) Le seguiremos dando noticias de nuestras adquisiciones.

"Posdata: ¿Nos permitirá Vmd. que le demos por muerto desde hoy, y que a nombre de su viuda hagamos venir de Amberes un Bendorps que necesitamos? ¿Sí? Gracias".

Mi único viaje

EN EL MUNDO DE LA mentira no hay leyes naturales que limiten las posibilidades realizables de los fenómenos. Las montañas se deslizan apaciblemente por el agua de los ríos, y éstos prenden su corriente de las altas copas de los árboles. La luna se ha retirado de su trabajosa vida sideral y descansa pacíficamente en el fondo fresco de un pozo, guardada por niños y enanos. Las estrellas se pasean por el cielo en la más loca confusión, y de verlas tan atolondradas y alegres los hombres han dejado de colgar de ellas sus destinos.

A muchos parecerá singular que yo pueda dar noticia tan exacta del mundo de la mentira. Si Vmds. me dan licencia, voy a contarles cómo fui allá.

Mi amigo Juan Cabeza de Vaca era mentiroso como un reloj que da trece campanadas. Hablaba sólo de personas inexistentes y de sucesos que nunca habían acaecido. Algunas veces, sin embargo, por flaqueza de su memoria, trataba de seres que vivían y de acontecimientos que sí habían ocurrido. Los primeros dejaban entonces de existir

en el mundo de la realidad para existir en el de la mentira; y en cuanto a los segundos, se alteraban o cesaban de haber sucedido, mal que le pese al imposible metafísico.

Mi amigo era la inteligencia creadora del mundo de la mentira que por sola obra de su conversación se poblaba de seres reales. En el instante en que pronunciaba el nombre de una persona, ésta desaparecía de nuestro mundo y se hallaba de improviso en el de la mentira. Este género de muerte cogía desprevenidas a las gentes, que desaparecían, *verbi gratia*, en lo más encarnizado de una riña, en el punto de reconciliarse dos antiguos enemigos, o en cualquier otro trance grave de la vida. Voy a contar cómo me sorprendió, cierta ocasión en que Cabeza de Vaca me atribuyó no sé qué expediciones imaginarias por el Mar Rojo.

Cenaba yo en la casa del general Eneas Pezuña de Cabra, un héroe de la guerra de cien años. Habíamos bebido sin medida, y los genios de la locura, libres de su cárcel de cristal de roca, encendían en nuestros ojos y venas un fuego sagrado.

Mi vecino de la derecha, profesor de Economía Política de una universidad desconocida, disertaba con erudición amena y de buen gusto acerca de si

el enfriamiento progresivo de nuestro planeta influye en el abaratamiento de los caloríferos eléctricos y en el consumo mundial de la carne de oso blanco.

–Su conversación, profesor, es muy instructiva –opinó una señora.

–Extremadamente instructiva –me apresuré a corregir.

–Instructiva en grado sumo –añadió gravemente el general Pezuña de Cabra.

Una dama:

–¿Por qué no brinda Vmd., profesor?

–Señora, los estatutos de la Sociedad Protectora de Bisontes Americanos me lo prohíben.

Una marquesa dijo entonces que gustaría de oírme brindar, pues mi aire de persona tartamuda, le hacía presumir que yo no era un buen orador.

–Desde muy joven –añadía– he tenido vivísimos deseos de oír a un mal orador. Porque me han asegurado que los malos oradores existen realmente.

Otra dama aseguró que su marido era un excelente orador, por lo cual ella pensaba divorciarse. Todas las señoras confesaron entonces que sus esposos eran los mejores oradores que conocían.

Mi vecino de la izquierda, estúpido como un zapato impar, me indicó con una mirada que debía yo acceder a los ruegos de la marquesa.

Cuando me levanté de mi asiento, pude mirarme a hurtadillas en el espejo que tenía delante, en tanto que terminaban los cuchicheos a lo largo de la mesa. Me pareció mi figura de un gran efecto decorativo: por encima de los vasos con flores y de los candelabros de plata se destacaba mi busto vigoroso y exuberante. Sobre mi cuerpo obeso mi cara trasudaba complacencia, y las venas de la frente, hinchadas del comer y beber, daban a mi sudoroso semblante una apariencia báquida y grotesca muy de la manera de Jordaëns. Comencé mi brindis con mi voz nasal y grave:

–A imagen del emperador mexicano Moctezuma, en un diálogo célebre de Fontenelle, citemos a Sófocles:...

En este punto, Juan Cabeza de Vaca pronunciaba mi nombre y yo desaparecía de este mundo. De mi asiento se levantó una llamita azulada, como la del ron cuando arde, vaciló un instante en el aire, reflejándose misteriosamente en los espejos del aposento, y luego desapareció a su vez.

Las señoras no cabían de gozo. La que me había pedido que brindara sonreía enigmáticamente

a fin de persuadir a los demás de que ella estaba en el secreto de mi desaparición.

La mujer del general dijo:

–¡Qué atolondrado y divertido era nuestro Diógenes Laercio! (Yo me llamaba en el mundo de las tres dimensiones, Diógenes Laercio.) Nunca le perdonaré, sin embargo, la locura de desaparecer al tiempo de ir a citar a Sófocles.

El profesor:

–O más bien cuando se ha olvidado del todo, profesor. Las citas sólo valen por su inexactitud.

El general:

–Yo nunca hago citas: tengo para ello un instintivo mal tino. Mis hijos me demuestran siempre que las citas que hago no vienen a cuento.

El profesor:

–Sus hijos, general, son muy caritativos con Vmd.

La marquesa:

–Caritativos como un amigo que se duerme.

Otra señora:

–O como una puerta que se abre.

Siglo XIX

Bajo siniestro crucifijo, en la Sacristía, conspiran contra el gobierno liberal el arzobispo, los jesuitas y varios generales de la República.

Todo súbitas cóleras y centelleo de despecho, un padre de la Compañía impugna las Leyes de Reforma, aniquila los derechos del hombre y maldice a los constituyentes del 57.

El obeso arzobispo se repantiga y frota las manos con delicia bestial.

Suenan las dos de la mañana en los relojes públicos. A la temblona luz de los cirios se ha operado singular transformación.

En el sitial del arzobispo está un cerdo monstruoso. Los jesuitas han perdido sus lívidos semblantes y ostentan ahora cabezas de lobo llenas de ferocidad. Por los generales hay asnos terribles con los hocicos ensangrentados.

El Cristo, entre las sombras del muro, se debate en un ansia de huir.

Las barriadas

EN LOS BARRIOS BAJOS vive el pueblo, donde reside lo que constituye la fisonomía y carácter peculiar de cualquier agrupación humana. El visitante extranjero que no vaya a los arrabales, conocerá la ciudad de México, pero nada sabrá de lo que el pueblo de la capital de la República tiene de pintoresco.

Es preciso aventurarse por las callejas del rumbo de San Antonio Tomatlán, a la hora del mediodía, o pasear por el barrio de la Merced, para enterarse de cómo viven nuestras clases inferiores. Creeréis hallaros en alguna ciudad de Oriente: bajo los cálidos rayos del sol discurre una abigarrada muchedumbre en el más lastimoso estado de miseria y desaseo. El olor nauseabundo de sus comidas os hará huir más que de prisa. De pronto, la gente se arremolina en torno de dos valentones que se acuchillan, o de dos mujerzuelas que se desgreñan. Es una de tantas riñas de mercado. Las palabras injuriosas o zumbonas, llenas siempre de agudeza, se cambian entre los camorristas, entre los mirones

que en apretado círculo se divierten a costa ajena. Las pendencias de las mujeres son particularmente graciosas. El osado transeúnte no puede menos de sorprenderse, allá en su interior, de estas buenas gentes que sanamente se injurian y abofetean por causas baladíes.

Hoy en la Plaza de Mixcalco, la semana próxima en la de Talavera, luego en la Romita y después en Santa Julia, a todos los barrios les llega el turno de su feria. No carece de atractivos una visita a la miserable feria de arrabal. La plazoleta irregular se anima con el gentío que pulula entre las tiendas de lona. La noche está próxima y las lamparillas de petróleo, con su luz vacilante y roja, iluminan brutalmente las caras atezadas de los pilluelos, los rimeros de naranjas y dátiles, las ollas relucientes de barro. En un extremo de la plazuela se distingue la negra silueta de un edificio del tiempo de los virreyes; las sombras han borrado piadosamente la lepra de la fachada, embadurnada de cal en menguada hora; y las graciosas proporciones de la fábrica colonial regalo son de la vista.

Los vendedores vocean alegremente sus mercaderías; y dominando sus gritos estridentes, un organillo vierte, desde una esquina próxima, su melancólica música. Oíd: es un aire popular, la

Adelita, la canción que evoca el camino polvoriento por donde van al trote los indios cargados con sus *huacales*.

Algunos barrios tienen la serenidad enervante de las ciudades de los estados. Son como prolongaciones, en plena metrópoli, de la vida provinciana. A los ojos del observador menos atento se revela este aspecto de la barriada. Las casas son sólo de un piso; por la calle mal empedrada nunca pasan automóviles ni simones; los chicuelos juegan en mitad del arroyo; las gentes viven en la cómoda sencillez de costumbres de la aldea; en el pesado silencio del villorrio se destacan el ladrido de los perros, un aire vulgar de opereta que tararea una mujer del pueblo, las pisadas cada vez más lejanas de un vagabundo.

La vecindad del campo acentúa la intervención de la naturaleza en el paisaje. ¿Habéis experimentado alguna vez en las bulliciosas calles de Plateros el melancólico influjo del crepúsculo? Seguramente que no; así como tampoco paráis mientes, a diario, en las infinitas variaciones que tiene a ciertas horas nuestro espléndido cielo de altiplanicie. En cambio el que vive en los barrios, aun cuando carezca del gusto por la naturaleza, sentirá que ésta le penetra su vida, con las matinales sinfonías en rosa y perla,

del ambiente; con el sedante añil del cielo, en el mediodía; con la gran riqueza de tonalidades y finos matices, en la puesta del sol.

En los barrios se vive aún, desde cierto punto de vista, en plena Edad Media. Hay aspectos en la vida de las clases iletradas que tienen la espontaneidad y la ingenuidad de los tiempos medios.

Todos recordamos los recientes milagros, que inusitadamente en nuestra época, obraba una imagen que se venera en la iglesia de la Candelaria de los Patos. La prensa diaria nos enteró de que en torno a la capilla los devotos formaban compacta muchedumbre. En las calles adyacentes se instalaron los *puestos* de frutas, refrescos, etc., y los vendedores ambulantes se entregaron a un activo comercio. Y a no ser por la intervención de las autoridades municipales, hubiéramos asistido a la formación de una leyenda piadosa.

Yo he visto vender romances impresos en pliegos sueltos; quien en tanta castiza ocupación se entretenía cantaba ante numeroso concurso sus canciones. Tenían éstas por asunto el descarrilamiento de Maltrata, la desesperación del infeliz que se arrojó desde una torre de Catedral, el incendio del Palacio de Hierro o La Colmena; o

bien eran de carácter puramente lírico (*La Valentina*, *La Juanita*, etc.). Un amigo mío ha sorprendido en los barrios de esta ciudad nada menos que una versión del bellísimo romance de Gerineldos, que se canta no sólo en la Península Ibérica, sino también en el Brasil, las Islas Azores, y entre los judíos españoles de Levante. Las barriadas reservan aún muchas sorpresas a los folkloristas. Y Manuel M. Ponce ha mostrado entre nosotros, con sus meritísimas canciones, serenatas y rapsodias, todo el partido que se puede sacar de la música popular mexicana.

El pueblo tiene sus poetas, las más veces un ciego que tañe la vihuela y canta sus coplas con endeble voz. He oído algunas relativas al asesinato del Presidente Madero, suceso que impresionó vivamente la sensibilidad popular, y que comenzaban de esta manera: "El día nueve de febrero / Todo el mundo se estremece; / Porque comienza el gran crimen / De mil novecientos trece…"

En general, el coplero del vulgo trata únicamente de sucesos recientes. Algunas veces la vena regocijada de nuestro pueblo aparece rebosante de ingenio y donosura, a todo propósito. Aun los cantarcillos de pedir limosna (que tienen el ilustre

abolengo de las cantigas de ciegos y escolares, del Arcipreste de Hita) abundan en rasgos chistosos y bufonadas. El buen humor de la pobretería es patente, así como la generosa interpretación de la vida, el sano optimismo, que constituyen la filosofía del pueblo, y que tienen en la novela picaresca española, y en sus derivaciones mexicanas del *Periquillo*, su más acabada expresión artística.

Estampa antigua

NO CANTARÉ TUS COSTADOS, pálidos y divinos que descubres con elegancia; ni ese seno que en los azares del amor se liberta de los velos tenues; ni los ojos, grises o zarcos, que entornas, púdicos; sino el enlazar tu brazo al mío, por la calle, cuando los astros en el barrio nos miran con picardía, a ti, linda ramera, y a mí, viejo libertino.

Un recuerdo

CUANDO LOS RECUERDOS de dos o tres personas, hoy en la tierra, sean enrollados y sellados con sus historias íntimas, no quedará más remembranza que ésta de un hombre cuyo silencio parece más digno de interpretar que la palabra de otros muchos. De él mismo, no ha dejado vestigios. Era común reproche contra él que nunca reconocía la obligación ante cualquier género de inquietud. El reino del cielo consiente violencia, pero como él nunca hizo ninguna no habrá sino que el cielo condescienda con su ociosidad. Las gracias delicadas, llenas de templanza, de reserva, las poseía en grado heroico. ¿Adónde encontraré una pluma bastante pesada para definir y limitar y reforzar tantas y tan importantes negativas? Las palabras parecen ofender con su aserción excesiva, y contrarrestan las insinuaciones a su reserva. Esa reserva fue de toda la vida. Amando la literatura, jamás tomó una pluma excepto para escribir una carta. No era de palabra difícil, sino sólo silencioso. Tenía un estilo exquisito que refrenaba. Las cosas de que se abstenía eran

todas exquisitas. Venían de lejos para sufrir su juicio, si por acaso se detenía en ellas. Las cosas innobles nunca se aproximaron demasiado a su repulsa; no tenían con él sino esta conexión negativa. Si tuviera yo que equipar un autor…

Ella era morena

ELLA ERA MORENA, con grandes ojos oscuros y una cabellera ensortijada de color castaño oscuro. Su cabeza era singularmente graciosa. Al verla, se recordaban las imágenes baudelerianas… Nunca la habíamos visto hasta el día en que fue a trabajar como billetera al cinematógrafo en cuya esquina solíamos reunirnos unos cuantos amigos de buen humor. El dueño del cine es un judío de nacionalidad indefinible, ciudadano americano desde el triunfo definitivo de los aliados en México. Además nada es tan útil para los negocios de los extranjeros en México como ser ciudadano de Norteamérica. El dueño del cine le pagaba un peso diario, sueldo verdaderamente risible, pues la pobre niña tenía que estar en su pequeña cárcel de madera y cristales desde las tres de la tarde hasta las once de la noche, sin contar con que los domingos hay aumento de horas de trabajo.

Cuando la descubrimos, uno de nosotros, Carlos, que lee a Casanova y se pierde por cualquier mujer que pase por la calle, se acercó a galantearla.

Ella le acogió con una sonrisa grave que dejó confundido a nuestro amigo, tan experto en materia amorosa. Después de esta tentativa de Carlos, todos la dejamos en paz, y sólo de cuando en cuando nos llegábamos a ella con alguna […] que ella acogía siempre con una sonrisa encantadora, una de esas sonrisas que sólo tienen las gentes serias y que viene a ser como el signo de una bondad profunda y puesta a prueba por la vida.

Sabíamos que tenía novio. Demasiado nos lo indicaba su trato hacia nosotros, afectuoso, pero no interesado, sin el menor deseo de atrapar a alguno.

Nosotros le teníamos gran simpatía. En secreto estábamos indignados contra el avariento patrón. Un peso diario no basta ahora ni para comer mal. Nos imaginábamos los apuros que tendría la pobre niña para vestir como vestía, modestamente, es cierto, pero siempre con suma limpieza y buen gusto.

Así pasaron meses. Cada vez la queríamos más. Algunas veces le llevábamos chocolates y bombones. Ella se mantenía siempre afectuosa y a la vez reservada. Jamás sospechamos que se desarrollara en su corazón una tragedia pasional. Su pudor para sus cuitas era perfecto.

Prólogo de una novela que no escribiré nunca

Para mi amigo Acevedo

EN LAS REGIONES nebulosas de la teoría pura no existe el derecho a enfadar deliberadamente a nadie. Mas, como no podríamos vivir sin hacerlo, los dioses han puesto nuestro mundo bastante lejos de las regiones nebulosas de la teoría pura. Cualquiera de nosotros puede, en consecuencia, escribir prólogos enojosos sin necesidad de justificación a los ojos de los demás, ni aun a los suyos propios; señaladamente cuando no se es de ese linaje de gentes apocadas que empiezan la mitad de su vida en pedir licencia al mundo de lo que al fin y a la postre no ponen por obra en la otra mitad.

No es para encarecerse en esta ocasión la importancia actual de los prólogos, eruditos, cerrados e impenetrables en libros alemanes y españoles; en franceses e ingleses, ligeros, alados, sutiles. Baste decir que casi toda la erudición moderna está en los prefacios, lo único que en

nuestros días no se puede dejar de haber leído. Para quienes no ven los libros sino como reflejo y trasunto de la psicología del autor, y en ellos sólo buscan los secretos movimientos del ánimo que constituyen el centro y esencia de una personalidad cualquiera, la introducción de los libros tiene un interés especialísimo. Porque todos los escritores por amigos que sean de encubrirse y recatarse, con femenina diligencia, de la curiosidad del vulgo, a la hora de aderezar un prefacio, dejan caer al suelo algunas migajas de su pan divino y nos muestran sus pensamientos familiares, su interpretación personal de la vida, sus peculiares aficiones e inclinaciones.

En los prólogos, en fin, los autores se vuelven nuestros amigos y nos hacen familiarmente confidencias. ¡Cuántas veces he deseado yo que algunas gentes calladas a quienes he hallado en mi camino, escribiesen un prólogo! He pasado junto a ellos y les he susurrado al oído estas palabras: ¡Escribid un prólogo y no os molestéis en escribir el libro! Me han mirado con sus grandes ojos tristes, se han sonreído sin entender mi aviso y han pasado de largo dejando en el aire un suave aroma de flores marchitas.

¿Y los malos prólogos? ¡Ah! Lo que voy a decir es doloroso, pero no menos cierto: quien compone un libro, aunque sea en tres o más volúmenes, tiene derecho a escribir un prólogo y aun tantas cuantas ediciones se hagan del libro. Autor he conocido que componía novelas históricas por sólo tener pretexto, a los ojos del vulgo, de componer prólogos.

¡Prefacios sin libro! ¡Novelas históricas sin introducción! De estos géneros literarios hoy asistiréis al nacimiento de uno solo de ellos, el del prólogo imaginario. Tal vez otro cantará con mejor plectro las excelencias de la novela histórica sin presentaciones, de la novela histórica imaginaria.

Perdonadme, mis señores, porque en este prólogo no voy a haceros confidencias. Mi falta no tiene perdón, pero mi vida tampoco tiene secretos y mis opiniones sobre todas las cosas son vulgares e interesantes por ser absurdamente descabelladas. Voy pues llanamente a deciros a qué género de novelas pertenece la que no pienso componer. Comenzaré por ensayar una clasificación de novelas, una clasificación por asuntos, si gustáis. Fuera de ella quedarán muchas novelas cuya trama es muy compleja o que carecen propiamente de todo enredo. De este último género son las novelas

picarescas en las que la vida humana misma se refleja con toda su lozanía de escenas inconexas y variadas hasta lo infinito. Finalmente, mi clasificación de novelas por el asunto de ellas es una mala clasificación, tan mala por lo menos como la clasificación de las ciencias de M. Goffroy de Saint Hilaire. En principio, todas las clasificaciones son malas. Las definiciones son peores, y esto nos sosiega un poco a los que discurrimos nuevas clasificaciones. Pero lo que nos consuela y tranquiliza enteramente, es que las reglas generales son todavía infinitamente peores. Regla he inventado que no tenía más casos de aplicación que una sola excepción posible.

Los novelistas han agotado los temas siguientes:

I.- Las mujeres.
II.- Los amigos.
III.- El dinero.
IV.- El éxito.
V.- La política.
VI.- Los hijos.
VII.- Los ideales.

De este modo, los casos particulares de novelas posibles son los siguientes:

I.- Se casan.
II.- No se casan.

Las novelas bizantinas como los *Amores de Teágenes* y *Cariclea* y las inglesas –¡extraña analogía!– paran siempre en casamiento.

III.- Los amantes son felices.
IV.- No son felices.

En la mayoría de las novelas y de ordinario en las últimas líneas de ellas, los amantes son invariablemente felices. Todas las novelas inglesas acaban felizmente.

V.- La mujer cae.
VI.- La mujer no cae.

Los amantes del tipo número cinco constituyen la monótona urdimbre de casi toda la novela francesa moderna. Existen autores que nunca parecen haber sospechado la existencia de otros temas novelescos sino éste, cansado, ininteresante y hasta inmoral.

En cambio, el tipo número seis, comprende toda la novela inglesa, en la cual sólo hay una que otra excepción en que la mujer cede. En las

memorias de los que leyeron a Richardson, se asegura que las heroínas de sus novelas tienen complacencias inexcusables con sus amantes, cinco o seis capítulos antes de que el libro acabe. A decir verdad, nadie puede comprobar este hecho, pues el viejo Richardson es un autor malaventurado que entre nosotros anda por las tiendas de viejo en dieciocho o más tomitos y siempre faltan dos o más de ellos. Esperemos pacientemente el día del juicio final en que todas las cosas se completarán y perfeccionarán para leer a esta rara avis de los novelistas ingleses.

Amigos:
VII.- Se pelean.
VIII.- No se pelean.

No hablaré de la amistad, ni siquiera como asunto de novelas. Soy muy joven y temo que mis opiniones parezcan demasiado justas y exactas.

Dinero:
IX.- Se consigue.
X.- No se consigue.

Las novelas de los tipos nueve y diez son verdaderamente emocionantes y angustiosas. Pocas veces alcanzan los personajes de estos libros sus propósitos y en raras ocasiones dejan de confesar a la postre –como en *La reliquia* y en otras novelas de Eça de Queiroz– que el dinero no constituye la felicidad, lo cual me parece enteramente absurdo.

Éxito:

XI.- Se logra.

XII.- No se logra.

Las novelas de este último tipo acaban siempre en suicidio, verbigracia *Le Carilloneur* de Rodenbach.

Política:

XIII.- Se obtiene el fin propuesto.

XIV.- No se obtiene.

Hijos:

XV.- Son legítimos.

XVI.- No son legítimos.

XVII.- Son buenos, como en el *Telémaco*.

XVIII.- Son malos, como en *Le Père Goriot* de Balzac.

Ideales:

XIX.- Se es fiel a ellos, como en *Don Quijote*, en *Resurrección* y en el teatro de Ibsen.

XX.- No se es fiel, o no se tienen como en la *Education sentimentale* de Flaubert.

Ahora bien, lector mío, la novela que no escribiré nunca tiene la fórmula siguiente:

5 - | - 9 - | - 11 - | - 17 - | - 19.

Las Novedades, 3 de abril de 1912

Otras lucubraciones

EN EL CAMINO DE LA VIDA casi todos van con los ojos clavados en tierra, temerosos de dar en un bache o tropezar con un pedrusco. Sólo uno que otro levanta la cabeza y ve el cielo, el paisaje, el punto en que el camino se pierde en el horizonte. Dice en alta voz lo que distinguen sus ojos maravillados. A cambio de esto, mirad por ellos el camino bajo sus pies, para que no tropiecen con las duras piedras y los hoyancos en que se ha roto más de una tibia delicada.

EL QUE VE Y VIVE para escribir percibe de preferencia aspectos brillantes y literarios de las cosas. En los paisajes no halla sino epítetos, como dice Middleton. El que no escribe y medita tiene una visión más personal y exacta. Por eso son tan detestables ciertas gentes de letras: de antemano se conoce lo que les impresionará de un suceso, de un paisaje, de un poema.

TU ERUDICIÓN parece la de un corrector de pruebas.

NO ME HABLES de mi libro, por piedad, en los tranvías; no hables de mi libro como si fuera una cosa usual. Háblame mejor del buen tiempo, o dime, si lo prefieres, las vulgaridades y trivialidades sobre las mujeres y el dinero, deja en paz a mi libro.

MANUEL DE LA PARRA es un poeta que como Efrén Rebolledo y Rafael López merecía figurar en la excelente *Antología de la poesía española e hispanoamericana* de Federico de Onís.

Un día Manuel me hizo confidencias: mi suegra me instala ante una máquina de escribir y me pone a componer versos a destajo. A mayor abundamiento es admiradora de Antonio Plaza, cuyos poemas se sabe de memoria. Compara desventajosamente mis producciones con las de su bardo favorito.

DOS PELIGROS DEL poema en prosa: ser una simpleza o un chascarrillo de almanaque. Elabóralo pacientemente con trabajo concienzudo y ponle un feliz remate, a modo de aguijón.

MI VOLUNTAD DORMITA bajo la superficie brillante y negra de una taza de café.

EN "EL VIAJERO Y EL AMOR" Morand –ingenio de los más ágiles y sutiles– aborda el tema apasionante de la vida sedentaria y la vida libre y errátil. Es evidente que el amor por los viajes y la curiosidad hacia el resto del planeta es inequívoco signo de buena salud y de robusta mocedad. Los anglosajones –tozudos y prácticos– viajan más que ninguna otra raza, y acaso como consecuencia de ello son quienes menos desperdician sus energías en forcejear con problemas que sólo engendra la defectuosa ventilación internacional y el provincialismo obtuso y lamentable.

HAY DÍAS en que amanecemos dispuestos a la afirmación, a la conformidad con opiniones ajenas.

DESDE CADA eminencia del camino se perciben mejor ciertos paisajes espirituales.

A VECES ELOGIAMOS, por costumbre, lo que ya no nos interesa ni gusta en la misma medida que antes.

LAS NORTEAMERICANAS dejan acariciar sus cuerpos como si fueran ajenos.

EL POLVO, ESFUMINO de lejanías en el valle de México.

QUISE SER BIBLIÓFILO, pero la polilla roía despiadadamente mi corazón. Quise amar impecablemente, y huiste de mi lado. Mi perfecto y violento amor se te volvió insufrible. Me lo explico: acostumbrada a las falsificaciones industriales no pudiste tolerar sentimientos verdaderos, sofisticada y traviesa niña.

SUELO DORMIR con los pies en las almohadas y las narices bajo el edredón: qué queréis, son costumbres adquiridas en los largos viajes.

EL TREN QUE LLEVA a la gloria. Franklin, Flaubert en carro de tercera clase. Los siete sabios van sin boleto; como llegaron con tanta anticipación a ocupar asiento, nadie les discute el derecho. Los mártires, los santos, los héroes van en la 1ª clase. Casi todos son desconocidos. Los críticos, los historiadores, los hagiógrafos cuidan de que cada pasajero vaya en el compartimiento que le corresponde. Los iconoclastas quisieran echar a

todos los pasajeros por la ventanilla. Los pobres mortales, los ojos cansados de horizontes tristes, nos detenemos a ver pasar el tren a lo lejos, en la tarde de domingo que es la vida. Preguntáis por alguien. Se quedó en la estación.

AL EMBUSTERO LE SIRVE el mundo real como un canevá. Seguramente que es más meritorio no disponer de tal canevá, y esta es la razón de por qué el demiurgo es superior al embustero. Éste, con un solo dato, implicado en la pregunta con que se le acomete, reconstruye un universo, una historia, una novela de aventuras, del mismo modo que el sabio con un hueso reconstruye a un animal antediluviano. El sabio procede por deducciones lógicas, por semejanzas comprobadas; el mentiroso procede por intuiciones. Además el sabio trabaja con propósitos científicos. El embustero trabaja sin propósito alguno; su arte no tiene finalidad fuera de sí mismo.

AL DESPEDIRME DE UN embustero varias veces me había venido a la imaginación este pensamiento: ¿influye el embustero en el destino de las demás gentes? ¿Puede imponer al destino de sus amigos los derroteros de su fantasía? Sólo para un espíritu

frívolo pueden parecer inocentes las mentiras y sin influencia en las vidas ajenas.

SI A CUENTA UNA MENTIRA de B ¿no es de creerse que la vida de B se desenvuelva ahora de acuerdo con la fantasía de A y no ya conforme a los perezosos y lánguidos ritmos iniciales? Nunca había podido confirmar con experiencias personales estas imaginaciones. Siempre había conocido embusteros imperfectos, y naturalmente su influencia en los demás no era sensible para un observador indolente. Un día conocí a un embustero puro. A su alrededor pasaban cosas extraordinarias. Las gentes cambiaban de ocupaciones habituales sin razón aparente. Los ricos de pronto se hastiaban de su bienestar y se entregaban a ocupaciones manuales. Los pobres asumían bruscamente actitudes elegantes. Los seres más cobardes y egoístas ejecutaban un acto heroico sin precedente. Las gentes más razonables perpetraban un magnífico acto de locura pura. Las hablillas en este mundo no paraban nunca. Las conversaciones jamás languidecían. En compañía de un médico amigo mío, a quien comuniqué mis pensamientos, me propuse estudiar la influencia de las conversaciones de Alberto (que así se llamaba este embustero

perfecto) en la vida de las personas que le rodeaban.

¿Hasta qué grado es justo que esta plenitud espiritual sea nada más para mi uso exclusivo? ¿No va acompañada acaso de un anhelo profundo de comunicación?

UN INSTANTE ANTES de ir a alcanzar a una mujer da igual conseguirla que perderla. (Observación en boca de D. Juan.)

UN HOMBRE DISTINGUIDO, que al hablar de sus aventuras galantes siempre las cuenta ridículas y desfavorables para sí: Don Juan.

LA BOBERÍA VIRGINAL de toda señorita criolla cuya única preocupación en la vida es atrapar a un desgraciado que la conduzca vestida de blanco y en un coche de alquiler ante un cura y un fotógrafo, odiosos ministros de Himeneo.

A LOS QUE BUSCAN esposa: más vale mal ejemplar de buena raza que buen ejemplar de mala raza.

EL SENTIMENTALISMO *fabélique* ha echado a perder a nuestras madres, creándoles un concepto artificial y ridículo de la maternidad.

BARBA AZUL es la única víctima en el cuento, pues sus seis mujeres inmoladas están demasiado en el fondo de la narración para interesarnos con su martirio. Os confieso que Barba Azul me ha simpatizado siempre vivamente. Y como me agrada justificar ideológicamente mis simpatías –el procedimiento contrario de (ir de las teorías) ilustrar las teorías– voy a decir un poco de lo mucho que se puede hallar en ese personaje.

B. A. representa la causa de todos los maridos ofendidos. Tomar la defensa de B. A. es defender en cierta manera a los mata-mujeres; B. A. simboliza al hombre que sufre a causa de la frivolidad femenina, la ininteligencia entre hombres y mujeres, y que constituye una barrera infranqueable hasta para los enamorados más tiernos. Lucha de sexos ha llamado Shaw a lo que otros dan los más suaves nombres. A lo femenino eterno.

Naturalmente no necesito hallar todas estas cosas en B. A. para conmoverme con el emocionante pasaje en que B. A. hace retemblar toda la casa con sus gritos, y en que la dulce hermana Ana sólo mira el sol deslumbrante y la yerba que verdea.

En esta lucha de sexos, a veces la víctima es el hombre cuando se trata de algún ser tímido, o

bien desconfiado, o bien poco diestro en las florentinas artes del disimulo y la paciencia. B. A. pone a prueba a todas sus mujeres; luego cree poder hallar alguna bastante buena para resistir a las voces de la curiosidad. No profesa, pues, ese escepticismo de los donjuanes, tan inmoral tal vez como justificado.

B. A. más que otra cosa es un símbolo del martirio amoroso. Más que por su fin, un tanto vulgar, nos interesa por su fracaso matrimonial. Su mujer no puede sacrificar por él su curiosidad.

El amor nos da la mayor variedad de impresiones y experiencias, desde las sombrías tinieblas de la desesperación en que se rechaza el suicidio por algún motivo de carácter práctico solamente, hasta la luminosa región de la inteligencia mutua, y la embriaguez que producen las…

Entre las dudas que aquejan ordinariamente a los amantes, ninguna tan cruel como la que proviene de pensar que Ella se enamora de nosotros ocasionalmente, no necesariamente. ¿Nuestro amor es una fatalidad, o bien en la mirada curiosa que Ella dirige al lindo don Diego que pasa, se entrevé la posibilidad de otras "combinaciones" amorosas?

Lo banal femenino, en lo que se detiene a regañadientes nuestro espíritu, está simbolizado en

esa mujercilla cobarde, sin heroísmo, que por igual capitula ante los imperiosos llamados de la curiosidad que ante las extralimitaciones de la autoridad del marido.

En cambio, la hermana Ana tiene la vaguedad y el misterio de esas vírgenes ante quienes se humillan amorosos los unicornios en los cuadros de Moreau. La desventurada mujer de Barba Azul –femenina y monstruosamente real en su banalidad– vuelve, a la hora de la congoja y del terror, los ojos a la ligera hermanita, cuya veste no ha sufrido aún contactos impuros, y le pide suavemente ayuda. ¿No simboliza la hermana Ana, las partes más nobles de nuestro ser, adonde se repliega nuestra dignidad de hombres, en los trágicos momentos de las humillaciones y las caídas?

NO ME FUSILÉIS MAÑANA. Hoy es la noche de mis bodas. Por la ventana de hoscos hierros, miro la noche luminosa y bella. La luna resplandece en un cielo de intenso azul y profundo. Sobre el horizonte se extienden las nubes, de incomparable blancura y con sombras violetas. Desde mi prisión nada veo de la tierra (nada veo de la vida).

OFICINISTA QUE LLEGA a pensar que sus funciones son indispensables para que el mundo marche. Sin embargo el sol lució al día siguiente con brillo sin igual.

CUANDO UNA IDEA llega a un periodo de crítica –tras un brillante apogeo en que los fanáticos, prosélitos y mártires principian las interpretaciones, los prolongamientos de sentido, los compromisos con las nuevas ideas–. Éste es sólo un momento transitorio: hay demasiados intereses vinculados a ella que resisten; la tranquilidad social exige que continúe el imperio de aquella idea. Los espíritus sutiles, que la ponderaron, aquilataron y limitaron su contenido de verdad, reduciéndola a la más completa vacuidad, son entonces impopulares. ¿A quién le importa la exactitud, la certeza, si se vive tan bien bajo tales ideas?

Después, continúa la obra de destrucción. La idea tiene cada vez menos partidarios, y precisamente entre las clases menos intelectuales. Se pone de moda hablar mal de ella, burlarse de sus prosélitos póstumos. Luego… pasan unos años, y la idea pasa al limbo de las ideas muertas. De allí vendrá algún día a buscarla un erudito miope, que se tropezará con ella, sus dedos temblones y

descarnados, entre datos, fechas, el basurero de la Historia. Y como el número de ideas que piensa la Humanidad es limitado (ésta es la verdadera prisión) esta idea servirá para agitar de nuevo a los hombres dentro de muchos o pocos años. En los ojos miopes y en las manos temblonas e inseguras de los eruditos se hallan algunos de los más terribles instrumentos de la Humanidad. ¿No es así mi querido Sr. de…?

El plagio es el último absurdo a que conducen los apologistas de la personalidad y el individuo. Es el desconocimiento de la comunidad espiritual de la especie. ¿Qué le importa a la humanidad que una nota del gran himno vuelva a ser cantada por otro cantor? ¿Por qué excluir del mundo que crea el hombre la posibilidad de la repetición, cuando aun la naturaleza la acoge como una de sus formas predilectas? Se necesitaba el advenimiento del reino de los abogados –siglo XIX– para que se colocaran estacadas y cotos en el dominio del espíritu. ¿Qué importa que las ideas se tomen directamente del espíritu divino o de su exposición humana? El plagio y el respeto que impone a los timoratos es contrario a las leyes que presiden la vida de las ideas. Una idea vive y deja de ser cosa muerta mientras existe alguien que la sostenga, discuta y *defienda* aun a costa de la propia vida. En todos los momentos de

la historia del mundo han estado presentes al espíritu de los hombres todas las ideas. Las voces escogidas, los pensadores escogen algunas y con ellas dan carácter a una época, llenándola de inquietudes, intolerancias, martirios, etcétera…

Así pues, casi no hay idea que no haya sido expresada ya, y la novedad significa sólo olvido, ignorancia de la época presente. Los eruditos sólo están atentos a las ideas que se comienzan a olvidar.

EL POBRE SOLDADO raso no sabe por qué pelea; lo más probable para entronizar a un tirano o para imponer un régimen de esclavitud. No importa. Abusarán de su ignorancia y le harán matar a sus hermanos, derramar sangre mexicana, fusilar acaso al pobre iluso… Si le hacen prisionero lo fusilarán o bien lo harán pelear por la causa contraria, con la misma bravura. Cuando está ebrio tiene pensamientos que no acierta a expresar nunca, ni a concebir claramente. ¿Hasta cuándo dejarán los malvados de traficar con la sangre de las gentes humildes?

UN VIEJO, OBESO, de piel lustrosa, sudoroso, apoplético, lee con aflautada voz un poema a un mozo, con insolente boca, ojos vivarachos y ademanes petulantes.

El viejo, poeta áulico, dispéptico y académico, relata sus imaginarios e inocentes amores con una cierta Amarilis abstracta.

Esta Amarilis es tan inclemente con el poeta cincuentón como el mismo Apolo.

El mozo escribe gacetillas, plagia a Lugones como hubiera plagiado hace diez años a Campoamor y como plagiará dentro de cinco a Juan Ramón Jiménez.

EL CASTELLANO DEBE sufrir una adaptación al pensamiento moderno, un perfeccionamiento semejante al que han efectuado Alfonso *el Sabio*, don Juan Manuel, Fernando de Rojas, Cervantes y todos los escritores de genio. Las academias y los gramáticos tienden a fijar demasiado largo tiempo las formas de lenguaje, a considerarlo como un todo acabado y perfecto no susceptible ya de variación. Sólo un ilustre escritor –tal vez hispanoamericano– puede "poner al corriente" a nuestra hermosa habla con el pensar contemporáneo.

DEBÍAMOS SEPARARNOS a las cuatro, y cuando salté del lecho en desorden y di entre las rosas con el reloj eran las siete. Abrí una ventana que daba a una calleja sórdida y de mala fama, y descubrimos

que había llovido mucho, sin que nos diéramos cuenta. Así había sido de fugaz y perfecta aquella tarde de amor y confidencias.

No me puedo expresar cuando hablo. ¿Comprendes? En cambio si escribo algo no creen los demás que sea mío. Tú no escribiste eso. No es tuyo, me dicen. No puede ser tuyo. Está demasiado bien. Un día por ejemplo, mi marido iba a asociarse con un individuo, a quien me hice presentar. Por la noche, después de la cena, tomé un papel y escribí largo rato. Lo di a mi esposo y le dije: Eso es el hombre que quieres hacer tu socio. No me hizo caso, y así le fue. Perdió en ese negocio lo que no teníamos, etcétera.

Salimos a la calle. El aire fresco en las caras era una bendición de Dios. Subimos a un coche de alquiler. Detrás nos seguía otro coche con las coronas fúnebres de nuestras grandes ojeras.

SI QUIERES SER FELIZ una hora, bebe un vaso de buen vino. Si quieres serlo un día, toma un baño. Si una semana, fornica una vez. Si un mes, púrgate. Si quieres ser dichoso un año, cásate. Si quieres ser feliz toda la vida, no te cases.

JUANA LA PUERTO RICO. Era criolla, derecha como un huso, esbelta y airosa como una reina, estragada lamentablemente por la edad y la vida, siempre vestida de blondas negras. Un día dormí con ella. Vivía en un hotelucho de mala fama; en un cuarto cercano se había pegado un tiro un pobre diablo, por aquellos días; las ratas corrían por el cielo raso; el mayor abandono se veía en todo, la sordidez, la miseria. Me contó que sólo se alimentaba de café negro, que ingería en cafés de chinos, y de obleas *Stearn*, que como es sabido, contienen algo de opio. Después, literalmente por caridad, consentí en pasar con ella la noche. Me perseguía después, me exigía que durmiéramos juntos, acaso la pobrecita estaba atormentada por terrores nocturnos. Yo me le escabullía como podía. Una vez me sacó a bofetadas de un alegre baile de la Acad. Metropolitana; por evitar un escándalo, salí corriendo sin despedirme de mis amigos (Acevedo entre otros, que por cierto se divertían grandemente). Apenas me decían después, al verme descuidado: "Ahí viene la Puerto Rico", y echaba yo a correr.

LA VIUDA, EMPLEADA en Correos, que se educó en un convento de monjas en Orizaba. Yo acaso fui su primer amor de viuda. En la hora en que las

mujeres desatinan, ella me decía estas curiosas palabras, en que se evocaban los años pasados al lado de las benditas madres: ¡Eres tan lindo como Pío Nono!

AYER DOMINGO (X-10-1926) fui a mediodía a bailar al Club Potosino con Xapolyna Bieska y Sarita X. Como nos faltase un compañero, llamaron ellas a Chuy X…, un pisaverde muy bien educado, muy suave de trato, que llegó contristado porque acababa de recibir un anónimo en que se le amenazaba de muerte si continuaba frecuentando a cierta viuda.

–¡Y pensar que con este anónimo recibí una carta de mi madre!

–Así es el destino, amigo mío…

Y le prodigamos otros consuelos. Tan pronto como volvió la espalda me confesaron mis amigas que eran ellas las autoras de la travesura. Almorzamos los cuatro en la Bella Venezia, donde escuchamos hasta cuatro brindis en una comilona de políticos allí al lado. Como Sarita embromase a Chuy diciéndose su enamorada, éste en un aparte me tranquilizó respecto a sus intenciones con mi amiga:

–No puede haber nada entre nosotros –me dijo–. Soy el amante de la madre de Sarita.

RAFAEL LARA Y AMIGOS se colaban a las "posadas" de barrio. Cierto día que las más guapas bailaban con sus novios, Rafael comenzó a llamar aparte a cada uno de éstos, a quienes hablaba en estos o parecidos términos:

–Me he dado cuenta de la manera tan inconveniente como anda usted bailando; coja su sombrero, lárguese y no ponga más los pies en esta casa que aunque pobre es honrada.

El novio se quedaba alelado; tomaba a Rafael por algún pariente del dueño de la casa; tartamudeaba alguna excusa, y acababa por partir. Así Rafael y sus amigos se quedaban dueños del campo, y podían al fin bailar con las más bellas.

EL REY. LLENO DE impertinencia juvenil, elegante, malévolo, regía, con la taza de té en la diestra, la literatura de un país. Su cenáculo era como un resonador de su ingenio y de su fama. Y las palabras sagradas salían de sus labios para ser recogidas en las memorias y crónicas escandalosas que cada uno se iba a escribir a su casa. Sus órdenes no eran discutidas.

–Es preciso regresar al Canto a Teresa.

–Hay que leer esto o aquello. –Y todo el mundo se ponía a leer.

EL CURITA. ERA GORDITO, hinchado de carrillos, rubicundo, pequeño, con la voz aflautada. Estudió en un seminario de Michoacán. Era cura de la parroquia de San Salvador el Verde. Vivía plácidamente entre sus beatas, sus chocolates y sus siestas. Sin embargo, murió.

EL OBISPO ZUBIRÍA de Durango no creía necesario visitar desde hacía muchos años, al cura de X. En efecto, este santo reverendo era tenido generalmente por un sacerdote virtuosísimo y muy estricto en cumplir con los deberes de su ministerio. Así sucedió que hallándose el obispo cerca del pueblo de X, no con propósito de cerciorarse del buen estado que guardaba el rebaño cristiano y las cosas anejas, sino por deseo de saludar al virtuoso pastor, se dirigió a dicha aldea, donde con gran sorpresa halló que muchos mocetones tenían un parecido demasiado sospechoso con el buen cura. Interrogando éste, se excusó en estos términos:

–Ilustrísima, cuando llegué a esta aldehuela, no había ni iglesia, ni bardas, ni nada. Todo lo he tenido que hacer… hasta los acólitos.

–Y si tú fueras presbítero, harías hasta los fieles.

UNA FALENA DECÍA: Lo mejor, compañeras, es arrojarse a la llama; ceder a su sortilegio; consumirse en ella, que es purificadora de toda escoria individual, que destruye cuanto el ser tiene de impuro. Otra falena: Es mejor mirar desde el rincón oscuro el fuego. ¿A qué consumirse en él? Mirar la llama siempre cambiante de color, siempre agitada por una inquietud divina. Una tercera falena: El fuego es el mayor enemigo nuestro. Hay que huir de él, y buscar los rincones oscuros, nosotras, pobres hijas del polvo. Una falena de edad: Vosotras habláis atolondradamente. Debéis primero consultarme en esta materia pues he escrito libros que no desdeñan por cierto ni las arañas ni los topos. Es preciso emplear los tecnicismos y la terminología que he inventado para discutir el problema de la luz. Un tecnicismo demuestra claridad y precisión en el conocimiento. Muchas veces en la definición de un tecnicismo está implicada la resolución de la cuestión principal. Las relaciones entre la luz y las falenas pueden reducirse a tres categorías. Una falena joven: Mamá, mira qué hermoso color tiene la llama.

YA TODA LA TIERRA había sido embargada por los prestamistas de N. Y.: los intereses se habían

acumulado, los plazos se habían cumplido, y las hipotecas se habían hecho efectivas. En W. S. estaban los títulos de propiedad de cinco continentes y de algunos millares de islas, diseminadas por todos los mares. Un pequeño grupo de negociantes judíos, bobalicones pero de corazón frío, poderosos sin grandeza, cresos sin magnificencia, pequeños y mediocres en su inmenso poder, eran los dueños del planeta, que había perdido su antiguo nombre de Tierra y ahora ostentaba... de una razón social.

La luna, enigmática y bribona, enviaba su tenue luz, despertando la codicia de los judíos neoyorkinos, y permanecía displicente e indiferente a tan ruin estado de los hombres.

LA MAESTRA ES ESA viejecita desdentada y barbuda, sobre cuya nariz respingada cabalgan esos anteojos de tan gruesos vidrios. Una mujer que ha caído de nuevo en la inocencia.

Los discípulos son esos monjotes, abigarrados, en que el menor tiene tres años y el mayor no pasa de los doce; atareados siempre, ruidosos, mocosos, los vestidos al desgaire, niños de vieja estampa.

Con voz chillona de teatro, tras una palmada en la mesa, ordena:

–Ahora abran ustedes el silabario de San Miguel en la lección segunda.

–Bien.

–A ver niño Martínez, la tabla del uno.

–Uno más uno, dos; uno más dos, tres; uno más tres, cuatro, etc.

O aun:

–El niño López y la niña Pérez vayan a meter al corral una gallina que se ha salido a la calle.

–Antoñito, como premio a su aplicación, pase a soplar mi chocolate.

Antoñito en medio de la expectación y envidia generales, sube muy serio a la tarima, y mete el boyo en el humeante tazón. Después vuelve a su banco radiante con unos fieros mostachos de chocolate.

–Pachito, no te metas el dedo a la nariz.

Discurso del Lic. Julio Torri

SEÑORAS Y SEÑORES:

Este monumento a uno de sus mejores poetas enaltece a la ciudad de Puebla; hace patente su alto nivel de cultura, proverbial en todo el país; alienta con su ejemplo la glorificación de nuestros auténticos valores intelectuales; y promueve sentimientos de honda gratitud en quienes tuvimos el privilegio de ser amigos de Rafael Cabrera.

Señalada y muy particular alabanza merecen los caballeros que integran el Comité Pro Monumento. Este homenaje póstumo lo avaloran con su espontaneidad y sinceridad. Para ellos, pues, nuestros efusivos parabienes por su obra generosa y desinteresada.

En cuanto a *Bohemia Poblana*, casi no necesito repetir aquí con cuánta simpatía se miran sus actividades por todo aquel que se interese por la ilustración y su difusión en la República.

Los mal pergeñados párrafos que vienen en seguida, más que otra cosa, son recuerdos de nuestro malogrado bardo.

Hace ya muchos años, allá por 1909, se agruparon bajo el nombre de Ateneo de la Juventud algunos pensadores como Caso y Vasconcelos, poetas como Rafael López y Manuel de la Parra, escritores como Alfonso Reyes, González Peña, Fernández Mac Gregor y otros; críticos de arte como Ricardo Gómez Robelo y Jesús T. Acevedo, maestros en el más alto sentido como Pedro Henríquez Ureña. A todos nos unía una voluntad seria de trabajo y de servir a la patria. Éramos exigentes, descontentadizos y duros en nuestros juicios, a fuer de jóvenes ambiciosos. Precisamente a propuesta de Henríquez Ureña hicimos socios a los doctores Cabrera y Alfonso G. Alarcón, humorista y escritor agudo este último que acabó por ser un sabio de renombre mundial en la especialidad de la medicina infantil.

Ambos dirigieron la revista *Don Quijote* por varios años (1908 a 1911). *Presagios* en 1912 confirmó la estima literaria en que teníamos a nuestro consocio. Hasta algún tiempo después no le conocí personalmente. Era alto, robusto, de noble apariencia. Muy blanco, sanguíneo; bajo la frente hermosa y pálida, los ojos escrutadores y la mirada penetrante. Muy atildado siempre en el vestir y de trato muy fino. De delicadeza de sentimientos,

franco, generoso, muy complaciente y leal en la amistad, un caballero en toda la extensión de la palabra. Siempre nervioso con nerviosidad un tanto enfermiza. De gran rectitud, su vida fue verdaderamente ejemplar. Hidalguía, nobleza de alma, señorío, distinción, las notas dominantes de su ser moral. Apelo al testimonio de quienes tuvieron la fortuna de tratarle. No tuvo enemigos; ingratos y envidiosos, sí, como es de rigor. ¿Quién no los tiene? En sensibilidades tan exquisitas como la suya, escuecen y hieren muy dolorosamente los simples contratiempos y los pesares a que nadie escapa.

Fue dado a estudios orientales y de las religiones y aun tuvo curiosidad por el ocultismo y la magia, como lo atestigua su rica biblioteca. La magia y la poesía tienen muy hondas similitudes. ¿Acaso no es un poema, en resumidas cuentas, una fórmula mágica que instantáneamente encumbra el vuelo de nuestros pensamientos a sublimes altitudes?

En mayo de 1916, el Director de las Bellas Artes don Alfonso Cravioto lo llamó a la capital para que organizara y dirigiera un Departamento de Conferencia y Propaganda, en que trabajaron también Efrén Rebolledo y el que habla. Mi convivencia con él va de los años de 16 a 18, y desde luego fuimos amigos íntimos. Vivía al igual

que Rebolledo –nuestro gran poeta erótico– en una casa de huéspedes de las señoritas Garay, en la calle de Donceles. El pintor Jorge Enciso y yo comíamos en la misma casa con nuestros dos poetas. A nuestra mesa solían acudir los diplomáticos don Bartolomé Carvajal y Rosas y don Luis Ricoy, viejos camaradas de Rebolledo, y algunos amigos míos como el filósofo don Mariano Silva y Aceves. Nuestra conversación versaba casi siempre sobre arte, sobre libros en cuya lectura nos hallábamos enfrascados, y cobraba animación con anécdotas y recuerdos de viaje. Carvajal y Rosas había sido no hacía mucho subsecretario de Relaciones Exteriores; era de humor festivo y muy dado a inventar autores griegos, sistemas filosóficos y otras supercherías que confundían a Ricoy y que a todos nos divertían grandemente. Le llamábamos su Excelencia, pues había sido ministro de México en Rusia y en Inglaterra. En aquel país había asistido al jubileo de los Románov y conocido de cerca la corte de Nicolás II. Rebolledo acababa de regresar del Japón; y Enciso, de un largo viaje por Europa.

Don Luis Ricoy –que en sus ocios había aprendido bien el griego– más tarde trató de enseñarlo gratuitamente en nuestra Escuela Preparatoria. Desgraciadamente no lo logró por la

lamentable inquietud de nuestra juventud estudiosa. Sin duda la frecuentación de tan excelentes amigos despertó y alentó en Rafael la inclinación por la vida diplomática.

De temporada acostumbrábamos almorzar juntos los sábados en algún figón y pasear después por barrios pintorescos y jardines suburbanos, Rafael, Rebolledo, Silva y Aceves, que era la bondad misma, el pintor Saturnino Herrán, el poeta López Velarde y su hermano el médico; Manuel Toussaint; el hoy senador zacatecano Jesús B. González, humorista y hombre amenísimo; Genaro Estrada, tan enterado de todo y de tan placentera compañía; Carlos Díaz Dufoo, hijo del elegante escritor que dirigió con Gutiérrez Nájera la *Revista Azul*, Díaz Duffoo Jr. poseía rara inteligencia y una cultura filosófica de primer orden. Más de una vez compartió nuestros ágapes el insigne González Martínez, tan efusivo y jovial y a quien todos admirábamos y queríamos sin reserva.

Rafael, Silva y Aceves, el Lic. Arturo Álvarez Cortina, Díaz Duffoo junior y yo acudíamos una vez a la semana a unos tés literarios que se celebraban en la rica biblioteca de Pablo Martínez del Río, recién llegado de Oxford. A estas tertulias asistían de cuando en cuando José Juan Tablada, y

en 1918, Amado Nervo. A éste nuestro gran lírico frecuentamos Rafael y yo, y recuerdo sobre todo una tarde, en que después de un banquete en su honor le acompañamos a su casa en las calles que hoy ostentan su nombre, por Santa María la Ribera. Nervo quiso caminar a pie, nos invitó a acompañarle, y en la larga travesía nos refirió mil cosas de su vida en Madrid en los últimos meses.

¡Años felices y distantes de afanoso estudio y de divina despreocupación juvenil! ¡Años lejanos y perdidos irremisiblemente de nuestra impagable mocedad!

Cuentan de Gérard de Nerval –el primer prosista de su siglo y de Francia según Marcel Proust– que conoció a su madre, muerta en la campaña napoleónica de Rusia, de una fiebre que atrapó al atravesar un largo puente atestado de cadáveres. Nerval sólo supo de ella que se parecía mucho a La Modestia, un grabado de Prudhon. Cuando contaba dos años perdió también Cabrera a la autora de sus días, a quien consagró sentimientos de la mayor delicadeza. Con este amor perfumó su vida toda. “A una sombra”, “Ella” y “Pax” son de lo más extraordinario que salió de su pluma. Es difícil hallar poemas consagrados al amor filial comparables con éstos. “Ella” combina el tema

con uno de los grandes asuntos poéticos, la visitación.

Presagios es ciertamente un libro de poesía romántica, sin que esto implique la menor apreciación peyorativa. Pero lleva también el inconfundible marchamo del modernismo. Gutiérrez Nájera y Nervo entre los nuestros y Darío sus maestros y guías. He aquí por ejemplo cómo se rozan de pasada algunos motivos menores de los modernistas. Así verbigracia la aspiración a formas de vida inconsciente o al no ser.

Más que Urbina, como cree Castro Leal, son

> …Arranca el pensamiento de mi frente,
> y haz que viva contigo eternamente
> la enigmática vida de las cosas.
> [*Madre Naturaleza*]

Nervo había escrito:

> Sea yo como el árbol y la espiga y la fuente que se dan en silencio… sin saber que se dan.

¿Debo recordar "Lo fatal", uno de los poemas del mejor Darío, el Darío de los Nocturnos y de "Melancolía"?

La elegante antítesis que propone al nicaragüense la duración de la vida humana, en la última poesía mencionada, hace decir lapidariamente a nuestro angelopolitano.

> …déjame en ti (su hogar), para que al irme lleve algo de luz en esta vida triste que parece tan larga y es tan breve.
>
> [*Nevermore*]

A las veces Cabrera levanta el velo y nos muestra la intimidad de su pensamiento y el secreto de su actitud altiva:

> Y nunca fui sereno… por doquiera
> me turbó la zozobra de una duda,
> el pavor de un misterio, la impotencia
> de un afán, y la huraña rebeldía
> y la enorme y monótona tristeza
> de ir como ciego, sin saber adonde,
> por angostas y lóbregas veredas…
>
> [*Epitafio*]

> Cuando en el fondo de mi alma
> ruge una cólera ciega,
> y maldigo de las horas
> que van pasando tan lentas;
> cuando siento que me abruma

la vida con sus cadenas,
y me arrebata lo que amo
y solitario me deja,
alzo la orgullosa frente
y así pienso en mi tristeza…
[*Canción de otoño*]

No todo sin embargo es negrura byroniana y pesimismo; de cuando en cuando se filtra un rayo de optimismo y fe:

¡No, no es cierto, no es cierto que se acabe
toda mi vida en esta tierra dura
en la que el hombre ni siquiera sabe
cuánta es su mezquindad y amargura!
[*Mirando al cielo*]

En alguna ocasión revela afinidad de pensamiento con Gutiérrez Nájera:

Regreso de mi viaje por la vida
rebosando piedad, pero muy triste.
[*Madre Naturaleza*]

La misma filosofía epicúrea, melancólica y generosa, de "Pax Animae". Todo esto no resta en lo absoluto originalidad a nuestro amado poeta. Demuestra sólo que tras su corta producción juvenil

hay amplias lecturas o ideas que flotaban en el denso ambiente intelectual de los comienzos del siglo.

Hay en *Presagios* aciertos magníficos, "Nihil", desde luego, pieza de antología por su refinada sensibilidad y por las variaciones que borda sobre el tema del alma y el lago. La invocación de Azrael es de una eficacia verdaderamente baudeleriana:

> …Azrael de alas fúnebres, que vives
> del exterminio, y del salobre jugo
> de las lágrimas; padre del silencio;
> rey de las soledades misteriosas
> del más allá, señor del desamparo;
> Azrael, ángel negro, yo te invoco,
> en la paz engañosa de la noche,
> toda llena de angustias imprecisas
> y de vagos terrores; yo te invoco,
> ángel negro, que luces en la frente
> una cárdena estrella, y en los labios
> un implacable gesto; yo te invoco.

Las comparaciones son frecuentemente de una grandeza inusitada:

> Y aquí estoy sepultado en el abismo;
> mirando al turbio cielo donde flota
> el naufragio solemne de las nubes,
> remedo de mis luchas dolorosas…
> [*Prometeana*]

Y en el mismo poema sobre la irremediable incomunicación con la amada:

> ¡Qué saben las estrellas del Océano
> que por besarlas con su inmensa boca,
> endereza a los cielos impasibles
> el tumulto salvaje de sus olas!

Aspiraba nuestro llorado amigo, por sobre modas y escuelas, a un género de arte en que pudiera dar vado a sus sentimientos más íntimos y a sus pensamientos más puros. Cantó a la Patria y a sus héroes, con encendido verso:

> Felices aquellos que morir supieron
> por algo que es más grande que la vida,
> eternizando con su gesto heroico
> esta breve existencia fugitiva…

Sus traducciones manifiestan el deseo de difundir autores y libros gratos a su espíritu; tales Marcel Schwob y Maeterlinck.

Su carrera diplomática va desde septiembre de 1918 hasta el 31 de diciembre de 1934, en que deja de ser nuestro embajador en la Argentina, cargo que desempeñaba desde el primero de febrero de 1931. Antes había sido encargado de negocios *ad*

interium en Francia (a partir del 10 de octubre de 1922); ministro de México en Bélgica (primero de enero de 1925); y en Holanda (primero de septiembre de 1927).

De un artículo de *La Nación* de Buenos Aires –del 6 de enero de 1935– muy encomiástico para su labor diplomática, entresacamos el siguiente párrafo:

> Al dar cuenta de su partida, es simplemente justo recordar que el Dr. Cabrera se consagró al desempeño de su cargo con dignidad ejemplar.
> En todo momento fue el representante genuino de México en cuanto ese país tiene de noble y altivo, y continuó así una tradición diplomática que no ha muchos años fijó aquí sólidamente la insigne figura de Amado Nervo. Fue al propio tiempo el Dr. Cabrera un trasunto de las más auténticas virtudes de civilidad y cultura. Ello explica que en los últimos días se le hayan tributado manifestaciones inequívocas de respeto y amistad. Por lo demás, el homenaje que se le hizo recientemente en una de las instituciones más caracterizadas de Buenos Aires fue el signo elocuente de cómo el Dr. Cabrera se afirmó en el afecto y en la consideración de los círculos que constituyen el exponente vivo de los principales valores argentinos.

Supo inspirar afectos duraderos y amistades firmes, como la de D. Manuel Amaya, que favoreció su

ingreso en la carrera diplomática; la del Lic. D. Gilberto Valenzuela y la de los Sres. D. Eduardo, D. Ernesto y D. Mario Amescua, para no citar la de escritores y artistas en quienes perdura su recuerdo (Manuel Toussaint, Jorge Enciso, Artemio de Valle-Arizpe, el Lic. Xavier Icaza Jr., etcétera).

¡Bien haya la noble ciudad de Puebla que así sabe honrar la memoria de sus hijos distinguidos!

Bohemia Poblana, junio de 1954, pp. 14-16

Joaquín Ramírez Cabañas

JOAQUÍN RAMÍREZ CABAÑAS fue uno de los hombres de letras más distinguidos de México. Como historiador y profesor de historia se señaló por su sano criterio. No fue un secretario de los consabidos *ismos*, sino más bien un espíritu ecléctico que ofrece la más amplia comprensión al hecho histórico, y que lo interpreta, hasta donde es humanamente posible, con las ideas del tiempo y desde el punto de vista de los contemporáneos. No quiere decir esto que no se deriven ideas generales sobre el vivir de un pueblo; pero son en mínima parte, no proceden de principios preconcebidos, y se desprenden tan espontánea y naturalmente que apenas si tiene el historiador que enunciarlas.

Su saber era considerable. Poseía una de las más vastas bibliotecas particulares, formada con incontables sacrificios y laudable tenacidad. Su huella en la enseñanza de la historia en nuestra Universidad creemos que ha de ser perdurable.

Fue también un buen poeta, y releyendo sus poemas se sorprende uno de hallar algunos de positivo valor.

Su actitud en la vida era discreta e inteligente. Nunca pretendió los primeros lugares, reservados siempre a ambiciosos mediocres, y se contentó con actuar desde la segunda fila. Su modestia, su lealtad, su fino y agradable trato le ganaron amigos en todas partes. Su muerte conmovió profundamente a todos sus colegas de la Universidad, por lo inesperada, y por lo que de la madurez de su intelecto esperábamos todavía sus amigos. Ha dejado vacío un sitio entre nosotros que tal vez no se ocupará nunca.

Hace muchos años llegó a estudiar a la capital, procedente de Veracruz, estado de donde era oriundo. Me contaba a menudo episodios alegres de sus primeros años en México, años de estudios y de iniciación en la prensa. Vivió por entonces la vida divertida y menesterosa que todos hemos conocido en la juventud. Trató curiosos tipos picarescos de nuestro medio estudiantil y periodístico. Sabía evocarlos con gracia y con ironía fina.

Los últimos años, charlábamos unos instantes todos los días, entre dos clases en la Escuela

Preparatoria. Dábamos unos pasos por la calle de San Ildefonso, henchida de estudiantes y de sol mañanero. Hacía él algún rápido y certero comentario sobre cualquier asunto de actualidad, y venía después la evocación de otros tiempos, los de bohemia y despreocupación, a que se remontaba para escapar a las contrariedades y molestias cotidianas. Habíamos sido amigos desde hacía mucho. Primero trabajamos juntos en cierto Departamento Editorial que lanzó en grandes tiradas Clásicos Universales. Después vinieron para él los años de prosperidad. Fue alcalde de Tacubaya y Jefe de Departamento en los ministerios de Economía y Relaciones Exteriores (bajo Genaro Estrada que supo apreciar su patriótica y valiosa cooperación). Una temporada solíamos almorzar juntos –una vez en la semana– con Nicolás Rangel –siempre risueño con alguna reciente carta de Urbina o con algún hallazgo en el Archivo de la vieja Universidad–. Tampoco faltaba nunca en las reuniones dominicales que en cierta época hubo en casa de Estrada –que entonces no era ministro aún y moraba en el barrio de Santa María–. Al conjuro de su sonrisa perenne y de su jovialidad contagiosa la conversación se encendía llena de interés y de raro deleite.

En sus años mozos laboró en la antigua casa de la Viuda de Bouret, asesorando en las materias de su especialidad a Raoul Mille.

En la edición Robredo de Sahagún, Díaz del Castillo y López de Gómara, Joaquín intervino poniendo a contribución sus amplios conocimientos y su competencia científica.

Valle-Arizpe

LA CONVERSACIÓN es a menudo la fuente de la obra literaria. Artemio de Valle-Arizpe fue un magnífico conversador. Ejercía sobre los que le escuchaban la fascinación que sólo produce una rara virtud, la gracia.

En sus libros persiste la calidad exquisita del buen conversador. Así en los anecdotarios de don Victoriano Salado Álvarez, de Manuel José Othón y en otros escritos análogos. En ellos no cuenta ni importa la autenticidad de los chascarrillos y ocurrencias. Con su fantasía avasalladora completaba, perfeccionaba y refundía sucesos y buenos dichos o los inventaba de todas piezas.

Nervo fue quien "descubrió" a Valle-Arizpe, allá por los comienzos del siglo y quien le hizo publicar en la *Revista Moderna de México* sus primicias literarias, firmadas con este seudónimo: Astolfo de Nerval. Jamás volvió a servirse de nombres literarios, porque el suyo lo era bastante.

En *Canillitas* bautiza a sus personajes con nombres de sus amigos y condiscípulos. Más de

uno de ellos se sorprendió, hojeando este compendio de donaires, de hallar su nombre y apellidos en la persona de un tabernero, o de un canallesco don Juan de arrabal o en cualquier otro rufián. Artemio era la travesura misma.

El escritor burlón e irónico se codeaba en él con el costumbrista, con el amigo de nuestro folklore y de nuestros tipos populares provincianos. En todo ello hay una ascendencia ilustre: aquel gran libro tan lleno de conocimientos de los hombres y de sabiduría de la vida, *El Periquillo Sarniento*, que debiera ser el libro de cabecera de todo buen mexicano.

Cartier Bresson

FOTOGRAFIAR CHIMENEAS o rascacielos, proyectados de preferencia sobre cielos tempestuosos, es un expediente bastante socorrido por quienes buscan el fácil aplauso del vulgo, cuyo natural buen gusto estragan por hoy principalmente los traficantes del cine.

Cartier omite esta nota de sensacionalismo barato, ni hay tampoco en su arte –de rara probidad– las consabidas alusiones a la política del momento, como tampoco persigue efectos de un exotismo anacrónico.

En estas fotos busca el autor como artista sincero su propia y honda complacencia, antes que nada. Aspectos de la vida cotidiana, sin teatralidad ni tema, que halagan sus sentidos. Escenas callejeras en torno a una tienda de lona; pilluelos andaluces que en empinada callejuela adoptan actitudes obscenas ante el objetivo, actitudes que parecen pasos de danza, sin salacidad y revestidas de imponderable gracia: prostitutas mexicanas que asoman sus cabezas por las estrechas portezuelas

a que las ha reducido la inhumana Diké municipal; obesa negra, en un café del barrio chino de Barcelona, que en contraste con la sonriente cara, alza las manos, delante de una mesa cubierta de sifones. (*Le Crapouillot*, en abril de 1934, reprodujo esta fotografía.)

Acaso en nuestro país ha logrado Cartier Bresson sus mejores instantáneas.

En su laudable probidad, trabaja en los últimos confines de su arte, proponiéndose los problemas más difíciles. Con el más fiel de los aparatos para captar la realidad Cartier consigue dejar en el ámbito la turbadora sensación de la irrealidad. Los brazos de los bañistas se cubren de escamas de luz como aletas de sirenas. De un grupo de mujeres enlazadas emerge una larga pierna fina, irreal en su luminosidad lunar. Una pirujita ostenta una máscara por rostro, con los ojillos casi cerrados y las pestañas ralas y tiesas.

Uno de los más preciosos ejemplares de la colección es una cabeza de perfil de joven negra. Cabeza de gran pureza de líneas y de una femineidad exquisita.

Algo se podría decir de las limitaciones a que está sujeto el arte de la fotografía. Entre la visión humana de un paisaje y la imagen fotográfica de

éste media largo trecho. Ésta reproduce pormenores que en la imagen rápida del espectador no existen, o cuentan poco. Otras veces los procedimientos fotográficos nos alejan de la primitiva materia de nuestra contemplación. El mérito del buen fotógrafo estriba pues en imponer las modalidades personales de nuestra visión a través de estos medios mecánicos e inertes… o en aceptar las deformaciones de la cámara como elementos para crear una nueva versión, impregnada de irrealidad.

Cultura francesa en México

PARECE QUE DE algunos años a esta parte ha aumentado considerablemente la importación a nuestro país de libros y revistas en inglés. Alguien ha creído descubrir en esto un indicio de la sustitución lenta pero inevitable de la cultura francesa por la anglosajona, como influencia decisiva en nuestro medio intelectual.

Desde luego conviene recordar que el concepto de influencia en arte y literatura no tiene ya una significación injuriosa, y que –gracias a la excelente crítica de André Gide– podemos entregarnos a toda suerte de lecturas sin temor de perder nuestra personalidad. Como solía decir un amigo nuestro, la personalidad no es un rompeolas, sino más bien una isla flotante.

Probablemente las influencias literarias son necesarias, puesto que están ordenadas por afinidades mentales que obedecen a ciertas condiciones esenciales del ser o a largos procesos de educación. La influencia de un país en otro es acaso necesaria también. No puede cambiarse por

la moda, ni modificarse al imperio pasajero de ciertas ideas.

Para que un pueblo influya en otro, se requiere sin duda una simpatía profunda entre ambos, que tal vez no se produce sino entre pueblos de la misma raza. La afinidad étnica fundamental preside el complejo fenómeno.

A pesar, pues, de las cifras de una estadística dudosa –sólo estimables por el elemento de paradoja que contienen– la juventud mexicana buscará en lo futuro como en lo presente, en Gautier, en Renan y en France, el secreto de la sempiterna gracia; y en Baudelaire y los simbolistas, el capitoso perfume de la vida; y en Stendhal, Balzac y Maupassant, el más hondo palpitar del corazón humano; y en Boissier, Bréal y Gaston Paris, la gloriosa evocación del pasado; y en Sainte-Beuve y Gourmont, las más sutiles operaciones de la inteligencia y el instinto literario.

Excélsior, 13 de julio de 1919.

El fin de México

(Del *Times* de Londres)

A Carlos González Peña

Escribo este relato de la destrucción de mi ciudad para el *Times* de Londres. Pertenecí a la Sociedad de Geografía y Estadística de México, y no tengo otro título para implorar un poco de credulidad hacia esta narración.

Desde niños nos es familiar la literatura de terremotos, naufragios y demás calamidades, y así, omitiré todo pormenor que sea propio del género. No diré, además, sino lo que vi, que fue bien poco, pues mi salida de la ciudad ocurrió cuando las lavas llegaban a las primeras casas, por el rumbo de San Antonio Abad.

Declaro, finalmente, que abandoné a México sin ejecutar ningún acto heroico; y me daría, en consecuencia, mucho pesar verme [mafiana (?)] en libros de primeras lecturas con algún *heroísmo* grotesco a cuestas.

Ante todo, ha causado profunda extrañeza el comportamiento del viejo Popocatépetl, que tras muchos siglos de hipocresía bajo los crepúsculos tuvo la chochez de una erupción. En las leyendas del Valle de México desempeñó siempre el papel de abuelo bonachón y cabezudo que sonríe a las estrellas, indiferente a las preocupaciones humanas. Si hubiera sido el Ajusco –decían los mexicanos– nada habría de extraordinario, ni de temible, dada la preferencia que este *enfant terrible* de los volcanes americanos muestra por la vertiente del Pacífico.

La completa ruina de México se consumó a las siete de la noche del día veintitrés. La prensa diaria, en ediciones especiales, la había predicho para las cinco de la tarde. *El Transigente* la anunció para la una. Lo cierto es que aunque se sabía que las lavas del Popocatépetl se adelantaban lenta e inevitablemente por la carretera de Tlalpan, no se tuvo la certidumbre de la catástrofe hasta las dos de la tarde.

A esta hora crucé la gran Plaza Mayor de México, que ofrecía un espectáculo insólito y grandioso. El viejo palacio de los virreyes, más sombrío que nunca, estaba [omado (?)] esplendidamente por el fuego del volcán. Las torres de la

catedral se alzaban siniestras y rojas en aquel ambiente de catástrofe.

A mediodía se interrumpió el tráfico de tranvías eléctricos y se cerraron las puertas de algunas tiendas. Pronto fueron éstas asaltadas y saqueadas por el pueblo, en tanto que los limpiabotas y niños del arroyo hacían funcionar libremente los ascensores de los edificios, cabalgaban en las estatuas públicas y coronaban de harapos las azoteas y balcones de los palacios.

La policía cumplió con su deber hasta los últimos instantes. Millares de gentes fueron conducidas a prisión, y de seguro el Gobernador del Distrito habrá tenido un trabajo excesivo al día siguiente, en el reino de los muertos.

La destrucción de Pompeya ilustra poco al lector, pues en circunstancias muy diversas ocurrió la catástrofe mexicana. Los habitantes de aquella ciudad, a causa de la corrupción de costumbres en que vivían, no pensaron, a la hora de la lluvia de cenizas, sino en salvarse. Los mexicanos por el contrario, malacostumbrados de toda su vida, por largos siglos de espiritualismo nazareno, al aplazamiento indefinido de sus más punzantes deseos, se entregaron a todos los excesos del instinto. Ante esta frenética posesión de las cosas

largo tiempo codiciadas, cuya fuerza trágica hacía mayor el espectáculo de la erupción, Horacio hubiera de seguro lamentado lo escueto y áspero de la vida moderna que sólo curiosidades inútiles y agudos deseos incuba. En tanto que el pueblo simple y heroico robaba a todo su sabor, los muelles aristócratas evitaban con el cloroformo y la morfina una muerte cruel.

En algunos barrios, como Santa María la Ribera, las gentes de la clase media morían cristianamente. Los curas confesaban a millares y la religión triunfó en toda la línea.

–La destrucción de México –oí decir a un sacerdote– será una gran lección para la descarriada Francia.

En el resto de la ciudad, desaparecieron ante la inminencia del peligro todas las imperfecciones sociales que ha creado la rutina de los hombres. Los mexicanos vivieron, de este modo, sus últimas horas en el estado de naturaleza. Contra él nada puede argumentarse por este breve ensayo, pues sólo un considerable aumento de población prometía

Nota de la redacción del *Times*. –Aquí termina la relación del superviviente de la catástrofe. Como informes

complementarios, añadiremos que se ha encendido cruda guerra entre los liberales mexicanos, que quieren hacer de Guadalajara la capital de la República, y los conservadores, que están por Puebla. México era una bella ciudad; contaba con una población de quinientos mil habitantes, y estaba situada a 2 265 metros sobre el nivel del mar. Los mexicanos visten ordinariamente el traje de *charro*. Por el cinematógrafo sabemos que este vestido consiste en una sandalia de madera, llamada *huarache*, un taparrabo de terciopelo, y un vistoso adorno de plumas en la cabeza. Los aristócratas sustituyen, con el sombrero de copa, el adorno de plumas.

Marzo, 1914

México, 15 de abril de 1914

Mariano Silva y Aceves

CONSTITUYE UN VERDADERO acierto, por lo que a las artes del libro se refiere, este volumen. El buen gusto de la portada –que recuerda el primor de los libros ingleses– así como las páginas bien espaciadas e impresas en excelente tipo, satisfacen a nuestros más exigentes aficionados y *connoîsseurs* [sic].

He aquí el tercer libro de Mariano Silva. El autor es bien conocido en nuestros círculos intelectuales por su afición a los clásicos latinos, a la buena literatura castellana, a los humoristas y ensayistas ingleses. Si añadimos a esta rápida enumeración los prosistas franceses contemporáneos –descendientes directos de Voltaire en la gracia, escepticismo y en la elegancia del estilo– habremos señalado las principales orientaciones del selecto espíritu de Silva.

El protagonista de *Anímula* es, sin duda, la ciudad, nuestra bella y noble ciudad de México que el autor conoce y ama íntimamente. Los deliciosos libros de Lewis Carroll –*Alice in Wonderland* y *Trough the Looking Glass*– le prestan su mágico ambiente. La deliciosa ideología sobre temas

absurdos así como ese dulce calor de simpatía humana que anima a cuanto narra Silva recuerdan a James Matthew Barrie, el celebrado novelista y dramaturgo inglés.

El autor de *Arquilla de marfil*, como todo erudito que relata historietas para niños, escribe con una fina sonrisa en los labios, rebosa simpatía y humanismo y si por accidente llega a tocar un tema doloroso o un aspecto cruel de la vida multiforme, lo hace con piedad infinita. La piedad y la ironía son los motivos fundamentales de esta suerte de escritores. Asumen ante la vida una elegante actitud de abandono y *insouciance* pero no les toméis por *dilettanti*. La leve sonrisa encubre apenas los veinte siglos de literatura de Fradique Mendes.

Sólo que de frecuentar la ambigüedad grecolatina y de hacer paseos arqueológicos por ciudades milenarias, han aprendido a desentenderse de las inquietudes de la hora presente, y son así un poco inactuales. Su nihilismo no les impide a veces –como en el caso de Anatole France– participar de las angustias del momento, declarándose abierta y valerosamente por la causa socialista. Es bien sabido que no fueron nunca los ironistas y satíricos indiferentes al mal general.

Mariano Silva es un escritor mexicano por excelencia. Nacido en Michoacán, se educó castizamente en el Seminario de Morelia, donde aprendió latín. Los seminarios conservan de otra edad –acaso del siglo XVIII– una fórmula del trato humano, impregnada de urbano [aticismo (?)] y de [cortesanía (?)] sin afeites, que imprimen a cuantos pasan por sus aulas silenciosas y olvidadas. Recuérdese la cortesía incomparable de Amado Nervo. Silva, además de esta suavidad de maneras, trajo de su Michoacán nativa –tan plena de carácter– el sentido de la belleza en la vida de provincia. Nadie como él se complace en descubrir y pintar aspectos de la vida familiar mexicana, que tiende a desaparecer con el menguado cosmopolitismo y el desatentado afán de copiar al yanqui.

Acaso el lector suspicaz entrevea en *Anímula* una poca de ironía a costa de ciertos maestros de escuela, ignorantes, atrabiliarios, que con detestables tecnicismos de una pedagogía de tercera mano rompen hostilidades contra todo lo que significa verdadera cultura, alegría y sentido de la vida. Tras estos maestros de escuela viene el prohibicionista presbiteriano y el cuáquero que ennegrece la vida de los niños con su piedad evangélica y su actitud de despecho ante la vida. Así, pues, el autor, entre

sus humanidades y sus ironías, nos transmite su apasionada animadversión por los malos educadores que, de modo inconsciente, se preparan a perpetuar entre nosotros los sectarismos, la idolatría por la falsa cultura yanqui, la ignorancia y el mal, en suma, sin percatarse siquiera de que tenemos una vigorosa tradición latina que seguir y que defender.

Genaro Estrada, en libro que aparecerá en breve y que será el acontecimiento literario más importante de nuestra época, en México, ha hecho de Mariano Silva esta semblanza:

> Gusta de evocar las cosas de antaño y de encontrarles sutiles relaciones con las de ahora. Como su estatura, sus escritos son breves y encierra en ellos, cual en pequeños vasos preciosos, la esencia de su espíritu, que ama las delicadezas, los matices, las alusiones veladas y lejanas, los labrados de los viejos muebles evocadores, las telas chafadas por la tradición, las portadas en que se amontona el arte barroco en hojarascas indescifrables. Su ideal sería escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una virreina.

México Moderno, 1° de diciembre de 1920.

Dos aforismos

EL DINERO, basura del planeta…

PREFIERO Y ADMIRO más a las gentes crédulas que a los hacedores de milagros. El milagro de los milagros es la fe.

"Sentencias y lugares comunes"
(*La Pajarita de Papel*, 1925).

Recuerdos de la fundación de la Escuela de Verano

Ignoro con certeza quién tuvo la idea de fundar una escuela de verano en nuestra Universidad, si el entonces rector de ésta, licenciado don José Vasconcelos, o el malogrado doctor Pedro Henríquez Ureña, a la sazón recién llegado a México procedente de la Universidad de Minnesota. Acaso el mismo licenciado Vasconcelos pudiera algún día aclarar este punto.

Indudablemente que el rector Vasconcelos había sentido vivamente en su larga estancia en los Estados Unidos la necesidad de crear una corriente de simpatía hacia nuestro país entre los universitarios de Norteamérica. Los prejuicios raciales contra nosotros se hacían sentir en la aspereza con que la prensa de la vecina nación trataba invariablemente nuestros asuntos.

El doctor don Mariano Silva y Aceves –gran corazón y muy fina mentalidad– era por aquel entonces –1921– el secretario particular del Rector, y dada nuestra íntima amistad me invitó a que

asistiera a las juntas que se celebraron en dicha Secretaría Particular con el propósito de establecer los cursos de verano. Tomaban parte en dichas juntas, el doctor Henríquez Ureña, peritísimo en materia de universidades norteamericanas; el doctor Silva y Aceves; don León Sánchez y yo.

Don León Sánchez era un distinguido hombre de letras español, que había venido a México como agente de Casas Editoras de la Península; procedía de la famosa Residencia de Estudiantes madrileña, cuya influencia había dejado un sello imborrable en su persona y finura; y que conocía a fondo la organización de cursos veraniegos para estudiantes extranjeros, cursos que acababan de establecerse en Madrid.

En esas juntas se trató principalmente de hallar a las personas más idóneas por su preparación y competencia científica y literaria para desempeñar las nuevas cátedras. Henríquez Ureña, como dije antes, acababa de llegar del extranjero; y por esta condición […] no estaba muy familiarizado con nuestro medio, así que ambos aceptaban las propuestas que Mariano Silva y yo nos atrevíamos a hacer, o las discutían con benevolencia.

Del profesorado del primer año de la Escuela, viven el arquitecto don Federico E. Mariscal, hoy

doctor universitario; don Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, que sorprendía muy gratamente a sus alumnas con su excelente inglés y con sus modales de gran tradición familiar; don Enrique Sosa, incansable batallador en el árido campo de la enseñanza; el gran crítico de arte Jorge Juan Crespo de la Serna; el licenciado don Ramón Mena; el pintor jalisciense Jorge Enciso, y alguno más cuyo nombre se me escapa. Han muerto algunos de los mejores profesores, como los doctores Henríquez Ureña –primer director– y don Mariano Silva; el arquitecto don Manuel Ituarte; el licenciado don Ricardo Gómez Robelo, literato muy docto y muy elocuente; don Tomás Montaño, que años después sustituyó a Henríquez Ureña, y que dejó el recuerdo de un cumplido caballero; Luis Castillo Ledón, concienzudo historiador… y tantos otros que contribuyeron a dar brillo a la Institución naciente.

La Escuela de Verano ha satisfecho plenamente su propósito, ya que entre los mejores de los norteamericanos –los universitarios– se han suavizado los arraigados prejuicios de racismo, y hoy comparten con nosotros nobles ideales de comprensión mutua y de buena y perenne amistad.

Summer Bulletin (Escuela de Verano), agosto de 1948.

Breve preámbulo

LA MALA ORTOGRAFÍA es un nocivo lastre en nuestro trato con los demás, ya que todo el mundo piensa –y con razón– que quien no ha logrado aprender a escribir bien la lengua propia muestra rudeza y escasa ilustración. La ortografía es para todos un índice seguro de nuestra cultura general, casi un complemento de nuestras buenas maneras.

La enseñanza de esta parte de la gramática –triste es reconocerlo– se suele descuidar en nuestras escuelas. En las primarias, como una de tantas lamentables consecuencias de la reducción del trabajo a un solo turno (mañana o tarde en vez de mañana y tarde). En las secundarias y en el bachillerato, por los desaforados programas que no permiten más que pasar como sobre ascuas por temas de importancia y utilidad manifiestas. En la Universidad y en las escuelas profesionales se dan por sabidas estas cosas, y apenas si figuran modestamente en los cuestionarios de admisión.

El aprendizaje es difícil ya que se trata de desenraizar viejos hábitos y sustituirlos [sic] por

prácticas correctas. Y nuestra juventud, en una proporción muy elevada, concluye los diversos ciclos escolares sin perder las malas prácticas ortográficas iniciales.

Así que ningún esfuerzo para facilitar la adquisición de las prácticas ortográficas es desdeñable.

El conocido profesor y exdirector de la Preparatoria don Manuel García Pérez, bien estimado de los estudiosos por su reciente *Tratado elemental de lexicología greco-latino-castellana*, ha ideado un sistema mnemotécnico para las reglas ortográficas, sistema que reduce éstas a unas cuantas ecuaciones, y que ilustra con largas listas de ejemplos. Creemos fundadamente que esta obra puede ser muy útil, dada la experiencia pedagógica del señor García Pérez que lleva treinta años de profesar materias lingüísticas en nuestras mejores instituciones escolares.

La fonética, la derivación de las palabras y su etimología, en fin, cuanto explica las prácticas ortográficas en uso, todo va abundantemente ejemplificado en el libro a que nos referimos.

Sin proponérselo como objetivo principal esta obra acrecienta el léxico del lector, a quien inicia

también en el [sic] estudio y conocimiento de las raíces griegas y latinas.

En las páginas que van a leerse, se suelen encontrar notas como la de la pág. 132: "Esta regla no se funda en la verdad científica, sino en un hecho regularmente observado, etc.". La probidad científica y la modestia del Sr. García Pérez son evidentes y resplandecen en estas páginas tan útiles como bien dispuestas.

En Manuel García Pérez,
Ortografía castellana fundada en el método derivativo, 1953.

Jorge Cuesta

Nació en Córdoba, del estado de Veracruz, el 23 de abril de 1904. En esa población vio discurrir su niñez y su adolescencia. Era, o es, la casa de sus padres la más hermosa de Córdoba: una soberbia construcción de genuino orden colonial, con amplios corredores y con arcos de medio punto que ven hacia el paisaje. La sensualidad incitó, pues, desde pronto a Jorge Cuesta; el trópico lo llamaba, como a Carlos Pellicer. Él, sin embargo, eludía la sensualidad y procuró dar a su obra un acento puramente cerebral.

Hizo sus estudios primarios y preparatorios en su ciudad natal, y en 1925 se trasladó a México para seguir la carrera de ingeniero químico en la Universidad Nacional. Estableció contacto inmediatamente con el grupo "Contemporáneos" y prefería el trato, entre los de tal grupo, de Xavier Villaurrutia y José Gorostiza.

En 1928, sin haber terminado sus estudios, hizo un viaje a Europa, en donde cultivó principalmente la amistad de Desnos, Breton y del pintor Salvador

Dalí. Con los tres sostuvo una abundante correspondencia, ya de regreso en México.

En 1932 publicó la revista literaria *Examen*, en donde se publicaron algunos capítulos de la novela *Cariátide*, de Rubén Salazar Mallén. Esta publicación fue considerada inmoral por las autoridades, y Cuesta y Salazar Mallén fueron llevados ante los tribunales, siendo sometidos al único proceso de esta índole que haya habido en México. Fueron absueltos.

Aparte su producción literaria, escasa, premiosa, castigada siempre con rigor extremo, publicada muy de vez en cuando, Cuesta escribió una serie de artículos para *El Universal* y dio a la luz dos folletos de carácter político, uno de ellos extraordinariamente lúcido: *El plan contra Calles*.

Un único volumen dio a las prensas. Fue su *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928), que si mereció ser calificada peyorativamente en algún periódico como "un libro que vale lo que Cuesta", conmovió al pequeño mundo literario de México por su prólogo y sus atrevidas notas.

Jorge Cuesta murió en México el 13 de agosto de 1941.

Universidad de México, febrero-marzo de 1985.

La bicicleta

ES UN DEPORTE QUE para practicarlo no necesita uno de compañeros. Propio pues para misántropos, para orgullosos, para insociables de toda laya. El ciclista es un aprendiz de suicida. Entre los peligros que lo amenazan los menores no son para desestimarse: los perros, enemigos encarnizados de quien anda aprisa y al desgaire; y los guardias que sin gran cortesía recuerdan disposiciones municipales quebrantadas involuntariamente.

Desde que se han multiplicado los automóviles por nuestras calles, he perdido la admiración con que veía antes a los toreros y la he reservado para los aficionados a la bicicleta.

En ella va uno como suspendido en el aire. Quien vuela en aeroplano se desliga del mundo. El que se desliza por su superficie sostenido en dos puntos de contacto no rompe amarras con el planeta.

El avión y el auto no guardan proporción por su velocidad con el hombre, que es mayor de la que él necesita. No así la bicicleta.

Raro deporte que se ejercita sentado como el remar. Todos los intentos para compartirlo con otros han sido frustráneos.

Lo exclusivo de su disfrute la hace apreciable a los egoístas.

Llegamos a profesarle sentimientos verdaderamente afectuosos. Adivinamos sus pequeños contratiempos, sus bajas necesidades de aire y aceite. Un leve chirrido en la biela o en el buje ilustra suficientemente nuestra solícita atención de hombres sensibles, comedidos, bien educados. Sé de quienes han extremado estos miramientos por su máquina, incurriendo en afecciones que sólo suelen despertar seres humanos. Las bicicletas son también útiles, discretas, económicas.

La cocinera

…más vale que vayan los fieles a perder su tiempo
en la maroma, que su dinero en el juego,
o su pellejo en los fandangos.

General Riva Palacio: *Calvario y Tabor*

Por inaudito que parezca hubo cierta vez una cocinera excelente. La familia a quien servía se transportaba, a la hora de comer, a una región superior de bienaventuranza. El señor manducaba sin medida, olvidado de su vieja dispepsia, a la que aun osó desconocer públicamente. La señora no soportaba tampoco que se le recordara su antiguo régimen para enflaquecer, que ahora descuidaba del todo. Y como los comensales eran cada vez más numerosos renacía en la parentela la esperanza de casar a una tía abuela, esperanza perdida hacía ya mucho.

Cierta noche, en esta mesa dichosa, comíamos unos tamales, que nadie los engulló mejores.

Mi vecino de la derecha, profesor de Economía Política, disertaba con erudición amena acerca de

si el enfriamiento progresivo del planeta influye en el abaratamiento de los caloríferos eléctricos y en el consumo mundial de la carne de oso blanco.

–Su conversación, profesor, es muy instructiva. Y los textos que usted aduce vienen muy a pelo.

–Debe citarse, a mi parecer –dijo una señora–, cuando se empieza a olvidar lo que se cita.

–O más bien cuando se ha olvidado del todo, señora. Las citas sólo valen por su inexactitud.

Un personaje allí presente afirmó que nunca traía a cuento citas de libros, porque su esposa le demostraba después que no hacían al caso.

–Señores –dijo alguien al llenar su plato por sexta vez–, como he sido hasta hoy el más recalcitrante sostenedor del vegetarianismo entre nosotros, mañana, por estos tamales de carne, me aguardan la deshonra y el escándalo.

–Por sólo uno de ellos –dijo un sujeto grave a mi izquierda– perdería gustoso mi embajada en Mozambique.

Entonces una niña…

(¿Habéis notado la educación lamentable de los niños de hoy? Interrumpen con desatinos e impertinencias las ocupaciones más serias de las personas mayores.)

…Una niña hizo cesar la música de dentelladas y de gemidos que proferíamos los que no podíamos ya comer más, y dijo:

–Mirad lo que hallé en mi tamal.

Y la atolondrada, la aguafiestas, señalaba entre la tierna y leve masa un precioso dedo meñique de niño.

Se produjo gran alboroto. Intervino la justicia. Se hicieron indagaciones. Quedó explicada la frecuente desaparición de criaturas en el lugar. Y sin consideración para su arte peregrina, pocos días después moría en la horca la milagrosa cocinera, con gran sentimiento de algunos gastrónomos y otras gentes de bien que cubrimos piadosamente de flores su tumba.

El vagabundo

EN PEQUEÑO CIRCO de cortas pretensiones trabajaba, no ha mucho, un acróbata, modesto y tímido como muchas personas de mérito. Al final de una función dominguera en algún villorrio, llegó a nuestro hombre la hora de ejecutar su suerte favorita con la que contaba para propiciarse al público de lugareños y asegurar así el buen éxito pecuniario de aquella temporada. Además de sus habilidades –nada notables que digamos– poseía resistencia poco común para la incomodidad y la miseria. Con todo, temía en esos momentos que recomenzaran las molestias de siempre: las disputas con el posadero, el secuestro de su ropilla, la intemperie y de nuevo la dolorosa y triste peregrinación.

El acto que iba a realizar consistía en meterse en un saco, cuya boca ataban fuertemente los más desconfiados espectadores. Al cabo de unos minutos el saco quedaba vacío.

A su invitación, montaron al tablado dos fuertes mocetones provistos de ásperas cuerdas. Introdújose él dentro del saco y pronto sintió sobre su

cabeza el tirar y apretar de los lazos. En la obscuridad en que se hallaba le asaltó el vivo deseo de escapar realmente de las incomodidades de su vida trashumante. En tan extraña disposición de espíritu cerró los ojos y se dispuso a desaparecer.

Momentos después se comprobó –sin sorpresa para nadie– que el saco estaba vacío y las ligaduras permanecían intactas. Lo que sí produjo cierto estupor fue que el funámbulo no reapareció durante la función. Tras un rato de espera inútil los asistentes comprendieron que el espectáculo había terminado y regresaron a sus casas. Mas a nuestro cirquero tampoco volvió a vérsele por el pueblo. Y lo curioso del caso era que nadie había reclamado en la posada su maletín.

Pasados algunos días se olvidó el suceso completamente. ¡Quién se iba a preocupar por un vagabundo!

De fusilamientos

EL FUSILAMIENTO ES una institución que adolece de algunos inconvenientes en la actualidad.

Desde luego, se practica a las primeras horas de la mañana. "Hasta para morir precisa madrugar", me decía lúgubremente en el patíbulo un condiscípulo mío que llegó a destacarse como uno de los asesinos más notables de nuestro tiempo.

El rocío de las yerbas moja lamentablemente nuestros zapatos, y el frescor del ambiente nos arromadiza. Los encantos de nuestra diáfana campiña desaparecen con las neblinas matinales.

La mala educación de los jefes de escolta arrebata a los fusilamientos muchos de sus mejores partidarios. Se han ido definitivamente de entre nosotros las buenas maneras que antaño volvían dulce y noble el vivir, poniendo en el comercio diario gracia y decoro. Rudas experiencias se delatan en la cortesía peculiar de los soldados. Aun los hombres de temple más firme se sienten empequeñecidos, humillados, por el trato de quienes difícilmente se contienen un instante en la áspera ocupación de mandar y castigar.

Los soldados rasos presentan a veces deplorable aspecto: los vestidos viejos; crecidas las barbas; los zapatos cubiertos de polvo; y el mayor desaseo en las personas. Aunque sean breves instantes los que estáis ante ellos, no podéis sino sufrir atrozmente con su vista. Se explica que muchos reos sentenciados a la última pena soliciten que les venden los ojos.

Por otra parte, cuando se pide como postrera gracia un tabaco, lo suministrarán de pésima calidad piadosas damas que poseen un celo admirable y una ignorancia candorosa en materia de malos hábitos.

Acontece otro tanto con el vasito de aguardiente, que previene el ceremonial. La palidez de muchos en el postrer trance no procede de otra cosa sino de la baja calidad del licor que les desgarra las entrañas.

El público de esta clase de diversiones es siempre numeroso; lo constituyen gentes de humilde extracción, de tosca sensibilidad y de pésimo gusto en artes. Nada tan odioso como hallarse delante de tales mirones. En balde asumiréis una actitud sobria, un ademán noble y sin artificio. Nadie los estimará. Insensiblemente os veréis compelidos a las burdas frases de los embaucadores.

Y luego, la carencia de especialistas de fusilamientos en la prensa periódica. Quien escribe

de teatros y deportes tratará acerca de fusilamientos e incendios. ¡Perniciosa confusión de conceptos! Un fusilamiento y un incendio no son ni un deporte ni un espectáculo teatral. De aquí proviene ese estilo ampuloso que aflige al *connaisseur*, esas expresiones de tan penosa lectura como "visiblemente conmovido", "su rostro denotaba la contrición", "el terrible castigo", etcétera.

Si el Estado quiere evitar eficazmente las evasiones de los condenados a la última pena, que no redoble las guardias, ni eleve los muros de las prisiones. Que purifique solamente de pormenores enfadosos y de aparato ridículo un acto que a los ojos de algunos conserva todavía cierta importancia.

1915

Era un país pobre

...even supposing that history were, once
in a way, no liar, could it be that...

Kenneth Grahame

ERA UN PAÍS POBRE, como tantos otros de que guarda siempre confuso recuerdo el viajero impenitente. La exportación se reducía a pieles de camello, utensilios de barro, estampas devotas y diccionarios de bolsillo. Ya adivinaréis que se vivía por completo de géneros y efectos traídos de otras naciones.

A pesar de la escasa producción de riquezas sobrevino un periodo de florecimiento artístico. Si sois profesores de literatura, os explicaréis el hecho fácilmente.

Aparecieron muchos poetas, de los cuales uno era idílico, lleno de ternura y sentido de la naturaleza y también muy poseído de la solemne misión de los bardos; y otro, satánico –verdadera *bête noire* de cierta crítica mojigata–, a quien todas las señoras deseaban conocer, y que en lo personal era un pobre

y desmedrado sujeto. Hubo también incontables historiadores: uno de ellos, medioevalista omnisciente, aunaba del investigador impecable y del sintetizador amenísimo; otros eran concienzudos y prolijos, o elegantes y de doctrina cada vez más sospechosa.

La crítica literaria prosperaba con lozanía. Además de los tres o cuatro inevitables retrasados, que censuraban por sistema cuanto paraba en sus manos y que sin fruto predicaban el retorno a una época remota de mediocridad académica, había escritores eruditos e inteligentes que justificaban, ante una opinión cada vez más interesada, los caprichos y rarezas de los hombres de gusto.

La novela, el teatro, el ensayo adquirían inusitado vigor.

Después de los dioses mayores venía la innumerable caterva de los que escriben alguna vez, de los literatos sin letras, de los poetas que cuentan más como lectores, y cuyos nombres se confunden (en la memoria de cualquiera de nosotros, harto recargada de cosas inútiles), con los que vemos a diario en los rótulos de la calle.

Los extranjeros comenzaron a interesarse por este renacimiento de las artes, del que tuvieron noticias por incontables traducciones, algunas

infelicísimas aunque a precios verdaderamente reducidos. Entonces se notó por primera vez un curioso fenómeno, muy citado en adelante por los tratadistas de Economía Política: el apogeo literario producía una alza de valores en los mercados extranjeros.

¡Qué sorpresa para los hombres de negocios! ¡Quién iba a sospechar que los libros de versos y embustes poseyeran tan útiles virtudes! En fin, la ciencia económica abunda en ironías y paradojas. Había que aprovechar desde luego esta nueva fuente de riquezas.

Se dictó una ley que puso a la literatura y demás artes bajo la jurisdicción del ministro de las finanzas. Los salones (bien provistos por cierto de impertinencia femenina), las academias, los cenáculos, todo fue reglamentado, inspeccionado y administrado.

Los hombres graves, los hombres serios protegían sin rubor las artes. En la Bolsa se hablaba corrientemente de realismo e idealismo, de problemas de expresión, de las *Memorias* de Goethe y de los *Reisebilder* de Heine.

El ministro de las finanzas presentaba por Navidad al Parlamento un presupuesto de la probable producción literaria del año siguiente: tantas

novelas, tantos poemas… se restablece el equilibrio en favor de los géneros en prosa con cien libros de historia. Las mayorías gubernamentales estaban por los géneros en prosa, mientras que las izquierdas de la oposición exigían siempre mayor copia de versos.

Las acciones y géneros subían siempre en las cotizaciones de las bolsas. La moneda valía ya más que la libra esterlina, a pesar de que años antes se codeaba con el reis de Portugal en las listas de los mercados. A cada nuevo libro correspondía una alza, y aun a cada buena frase y a cada verso noble. Si había una cita equivocada en este tratado o en aquel prólogo, los valores bajaban algunos puntos.

El costo de la vida humana había descendido al límite de lo posible. Todas las despensas estaban bien abastecidas. Humeaban los pucheros de los aldeanos y el vino tierno henchía alegremente las cubas. Las señoras ya no hablaban de carestía, sino de sus alacenas bien repletas de holandas y brocados, de sus tarros de confituras y conservas, de sus arquillas que guardaban lucientes cintillos y pedrerías deslumbradoras.

Pero un día ocurrió una catástrofe. Bruscamente descendió la moneda muchos puntos en las cotizaciones. Pasaron semanas y el descenso

continuó: no se trataba, pues, de un golpe de Bolsa.

¿Qué había sucedido? Todos se lo preguntaban en vano. Las señoras atribuían el desastre a la mala educación de las clases inferiores y al escote excesivo que impuso la moda aquel invierno.

La causa sin duda había de ser literaria. Sin embargo, los cenáculos, ateneos y todo el complicado mecanismo literario-burocrático seguía funcionando a maravilla. Nadie había salido de su línea.

Ordenóse una minuciosa investigación; los mejores críticos fueron encargados de llevarla a buen fin. En realidad, nunca se llegó a saber la razón de aquella catástrofe financiera.

El dictamen de los críticos señalaba a algunos escritores de pensamiento tan torturado, de invenciones tan complicadas y de psicología tan aguda y monstruosa, que sus libros volvían más desgraciados a los lectores, les ennegrecían en extremo sus opiniones y les hacían, por último, renunciar a descubrir en la literatura la fuente milagrosa adonde purificar el espíritu de sus cuidados.

Ciertamente las artes no pueden ser el único sostén del bienestar de un pueblo.

La humildad premiada

En una Universidad poco renombrada había un profesor pequeño de cuerpo, rubicundo, tartamudo, que como carecía por completo de ideas propias era muy estimado en sociedad y tenía ante sí brillante porvenir en la crítica literaria.

Lo que leía en los libros lo ofrecía trasnochado a sus discípulos la mañana siguiente. Tan inaudita facultad de repetir con exactitud constituía la desesperación de los más consumados constructores de máquinas parlantes.

Y así transcurrieron largos años hasta que un día, en fuerza de repetir ideas ajenas, nuestro profesor tuvo una propia, una pequeña idea propia luciente y bella como un pececito rojo tras el irisado cristal de una pecera.

La vida del campo

Est-ce que l'âme des violoncelles est emportée
dans le cri d'une corde qui se brise?

Villiers de l'Isle Adam: *Véra*

VA EL CORTEJO FÚNEBRE por la calle abajo, con el muerto a la cabeza. La mañana es alegre y el sol ríe con su buen humor de viejo. Precisamente del sol conversan el muerto y un pobrete –acaso algún borracho impertinente– que va en el mismo sentido que el entierro.

–Deploro que no te calientes ya a este buen sol, y no cantes tus más alegres canciones en esta luminosa mañana.

–¡Bah! La tierra es también alegre y su alegría, un poco húmeda, es contagiosa.

–Siento lástima por ti, que no volverás a ver el sol: ahora fuma plácidamente su pipa como el burgués que a la puerta de su tienda ve juguetear a sus hijos.

–También amanece en los cementerios, y desde las musgosas tapias cantan los pinzones.

–¿Y los amigos que abandonas?

–En los camposantos se adquieren buenos camaradas. En la pertinaz llovizna de diciembre charlan agudamente los muertos. El resto del año atisban desde sus derruidas fosas a los nuevos huéspedes.

–Pero…

–Algo poltrones, es verdad. Rara vez abandonan sus lechos que han ablandado la humedad y los conejos.

–Sin embargo…

–La vida del campo tiene también sus atractivos.

Noche mexicana

HABÍA ESTALLADO UN MOTÍN en la ciudad de México. Una vez más los mexicanos ofrendaban sin tasa su sangre a los antiguos dioses del país. Reaparecía el espíritu belicoso de Anáhuac.

Los roncos cañones de La Ciudadela, las ametralladoras, las acompasadas descargas de fusilería sembraban de cadáveres las irregulares plazoletas de los barrios y la grandiosa Plaza Mayor.

Los soldados rasos morían a millares: desplomándose pesadamente; abriendo los brazos al caer; silenciosos, taciturnos, heroicos. (Los mexicanos no sabemos vivir; los mexicanos sólo sabemos morir.)

En las tinieblas espesas, la cohetería infernal de la metralla iluminaba fugazmente inquietas sombras negras como diablos jóvenes que danzan en torno a las calderas donde se cuece más de un justo.

Y el Popocatépetl –el primer ciudadano de México– se contagió también de divina locura, coronándose de llamas en la noche ardorosa.

Los unicornios

CREER QUE TODAS LAS especies animales sobrevivieron al diluvio es una tesis que ningún naturalista serio sostiene ya. Muchas perecieron; la de los unicornios entre otras. Poseían un hermoso cuerno de marfil en la frente y se humillaban ante las doncellas.

Ahora bien, en el arca, triste es decirlo, no había una sola doncella. Las mujeres de Noé y de sus tres hijos estaban lejos de serlo. Así que el arca no debió de seducir grandemente al unicornio.

Además Noé era un genio, y como tal, limitado y lleno de prejuicios. En lo mínimo se desveló por hacer llevadera la estancia de una especie elegante. Hay que imaginárnoslo como fue realmente: como un hombre de negocios de nuestros días: enérgico, grosero, con excelentes cualidades de carácter en detrimento de la sensibilidad y la inteligencia. ¿Qué significaban para él los unicornios?, ¿qué valen a los ojos del gerente de una factoría yanqui los amores de un poeta vagabundo? No poseía siquiera el patriarca esa curiosidad científica pura que sustituye a veces al sentido de la belleza.

Y el arca era bastante pequeña y encerraba un número crecidísimo de animales limpios e inmundos. El mal olor fue intolerable. Con su silencio a este respecto el Génesis revela una delicadeza que no se prodiga por cierto en otros pasajes del Pentateuco.

Los unicornios, antes que consentir en una turbia promiscuidad indispensable a la perpetuación de su especie, optaron por morir. Al igual que las sirenas, los grifos, y una variedad de dragones de cuya existencia nos conserva irrecusable testimonio la cerámica china, se negaron a entrar en el arca. Con gallardía prefirieron extinguirse. Sin aspavientos perecieron noblemente. Consagrémosles un minuto de silencio, ya que los modernos de nada respetable disponemos fuera de nuestro silencio.

La feria

Y estando a-
Y estando amarrando un gallo
Se me re-
Se me reventó el cordón.
Yo no sé
Si será mi muerte un rayo…

LOS MECHEROS ILUMINAN con su luz roja y vacilante rimeros de frutas, y a contraluz proyectan negras las siluetas de los vendedores y transeúntes.

–¡Pasen al ruido de uñas, son centavos de cacahuates!

–¡El setenta y siete, los dos jorobados!

–¡Las naranjas de Jacona, linda, son medios!

Periquillo y Januario están en un círculo de mirones, en el cual se despluma a un incauto.

–¡Don Ferruco en la Alameda!

–¡Niña, guayabate legítimo de Morelia!

–¡Por cinco centavos entren a ver a la mujer que se volvió sirena por no guardar el Viernes Santo!

Dos criadas conversan:

–En México no saben hacer *prucesiones*. Me voy pues a pasar la Semana Santa a Huehuetoca…

Una muchacha a un lépero que la pellizca:

–¡No soy diversión de nadie, roto tal!

–¡El que le cantó a San Pedro!

–¡El sabroso de las bodas!

–¡El coco de las mujeres!

–¡Pasen al panorama, señoritas, a conocer la gran ciudad del Cairo!

Una india a otra con quien pasea:

–Yo sabía leer, pero con la Revolución se me ha olvidado.

En la plaza de gallos les *humedecen* la garganta a las cantadoras; y los de Guanaceví se aprestan a jugar contra San Juan de los Lagos.

En mitad del bullicio –¡oh tibia noche mexicana en azul profundo de esmalte!–, acompañado de tosco guitarrón, sigue cantando el ciego, con su voz aguda y lastimera:

O me ma-
O me matará un cabrón
Desos que an-
Desos que andan a caballo
Validós
Validos de la ocasión.
Y ha de ser pos cuándo no.

Mujeres

SIEMPRE ME DESCUBRO reverente al paso de las mujeres elefantas, maternales, castísimas, perfectas.

Sé del sortilegio de las mujeres reptiles –los labios fríos, los ojos zarcos– que nos miran sin curiosidad ni comprensión desde otra especie zoológica.

Convulso, no recuerdo si de espanto o atracción, he conocido un raro ejemplar de mujeres tarántulas. Por misteriosa adivinación de su verdadera naturaleza vestía siempre de terciopelo negro. Tenía las pestañas largas y pesadas, y sus ojillos de bestezuela cándida me miraban con simpatía casi humana.

Las mujeres asnas son la perdición de los hombres superiores. Y los cenobitas secretamente piden que el diablo no revista tan terrible apariencia en la hora mortecina de las tentaciones.

Y tú, a quien las acompasadas dichas del matrimonio han metamorfoseado en lucia vaca que rumia deberes y faenas, y que miras con tus grandes

ojos el amanerado paisaje donde paces, cesa de mugir amenazadora al incauto que se acerca a tu vida, no como el tábano de la fábula antigua, sino llevado por veleidades de naturalista curioso.

Fantasías mexicanas

...al moro Búcar y a aquel noble Marqués de Mantua, teníalos por de su linaje.

POR EL ANGOSTO CALLEJÓN de la Condesa, dos carrozas se han encontrado. Ninguna retrocede para que pase la otra.

–¡Paso al noble señor don Juan de Padilla y Guzmán, Marqués de Santa Fe de Guardiola, Oidor de la Real Audiencia de México!

–¡Paso a don Agustín de Echeverz y Subiza, Marqués de la Villa de San Miguel de Aguayo, cuyos antepasados guerrearon por su Majestad Cesárea en Hungría, Transilvania y Perpiñán!

–¡Por bisabuelo me lo hube a don Manuel Ponce de León, el que sacó de la leonera el guante de doña Ana!

–¡Mi tatarabuelo Garcilaso de la Vega rescató el Ave María del moro que la llevaba atada a la cola de su bridón!

Tres días con sus noches se suceden y aún están allí los linajudos magnates, sin que ninguno ceda el paso al otro. Al cabo de estos tres días –y para que no sufriera mancilla ninguno de ambos linajes– mandó el Virrey que retrocedieran las carrozas al mismo tiempo, y la una volvióse hacia San Andrés, y la otra fuese por la calle del Puente de San Francisco.

Almanaque de las horas

A LOS CINCUENTA AÑOS la vida se va quedando atrás como el paisaje que se contempla desde la plataforma trasera de un coche de ferrocarril en marcha, paisaje del cual va uno saliendo. Algún elemento del primer término pasa al fondo; el árbol airoso cuyo follaje recortaba las nubes va reduciendo su tamaño a toda prisa; el caserío, en el recuesto del valle, con su iglesita de empinada torre comienza a borrarse al trasponer la ladera; el inmenso acueducto huye de nosotros a grandes zancadas.

Un paisaje del cual se sale, en que todo se empequeñece y se pierde. Eso es la vida.

CUANDO ALGUIEN fracasa, nadie se ríe ni se alegra sino el que fracasó antes.

INTRAVERTIDOS Y EXTRAVERTIDOS. A los ojos de Dios ¿quién contará más, el que toda su vida libra una batalla interior y padece a menudo derrotas vergonzosas y retiradas sin cuento, en una palabra,

el que lleva un conflicto intenso –no por silencioso menos cruento–, que el ser todo acción exterior cuya guerra es a la luz del sol y no a la indecisa de la meditación; contra otros hombres y no contra un enemigo de la misma carne; y cuya espada no hace correr calladamente y gota a gota la sangre más roja del propio corazón?

……

TODA LA HISTORIA de la vida de un hombre está en su actitud.

LA MELANCOLÍA es el color complementario de la ironía.

SOMOS MÁS NUESTRAS intuiciones que nuestra propia vida. Ésta y aquéllas están en planos lejanos. Mi vida no es mía sino en una pequeña medida; a los demás pertenece el resto, a las gentes que me rodean, a los dioses o fuerzas locos y misteriosos que presiden nuestros sucesos. La mayor parte de mis acciones está gobernada por exigencias e instintos biológicos que desdeño cuando medito y existo realmente.

El trato social es a ratos como una terrible losa que abruma nuestra personalidad y acaba por deformarla. Al que hacemos sufrir será dulce, tímido, cobarde, astuto (¿bien educado, en una palabra?). Al que aceptamos fácilmente, soberbio, seguro de sí. Nuestra individualidad es un patrimonio del que disfrutamos ya tarde y que nos han administrado en la menor edad buenas y malas manos, al azar. La verdadera historia de uno la constituye el rosario de horas solitarias o de embriaguez (embriaguez de virtud, de vino, de poesía, ¡oh Baudelaire amado!) en que nos doblega el estrago de una plenitud espiritual. Lo demás en las biografías son fechas, anécdotas, exterioridades sin significación.

……

ENTRE EL HÉROE QUE sencilla y naturalmente ofrenda su vida y el último truhán que ejecuta el acto más antiheroico, ¡cuánta variedad de tipos constituyen el puente entre ambos, salvan la distancia de uno a otro, y sin diferencias perceptibles de eslabón a eslabón, llevan en arriscada curva del santo al pícaro! El héroe vanidoso; el fanfarrón, con heroísmo remoto; el embustero que indirectamente reverencia

las acciones heroicas sin poderlas ya realizar; el belitre que ocasionalmente puede ser heroico; el canalla y el bergante que no lo son nunca. En medio de ambos extremos –el santo y el malhechor– está la sección incolora, vasta y espesa en que se emplea tanta vida gris y sin consecuencia.

TODOS TENEMOS dos filosofías: aquella cuyas ideas morales quebrantamos en nuestra conducta, a causa de nuestra voluntad frágil; y otra filosofía, más humana, con la que nos consolamos de nuestras caídas y flaquezas.

LOS ESPÍRITUS puramente lógicos, los dialécticos, son los más dañinos. La existencia es ya de suyo de lo más ilógico y milagroso. En el engranaje silogístico perfecto y ruin de un abogado ergotista muchas instituciones jugosas y lozanas se prensan y se destruyen. Líbrenos los dioses de estos malos bichos, teorizantes, fanáticos, rectilíneos, aniquiladores de la vida.

LA COMPLACENCIA con el trato de los charlatanes acaso no sea más que la falaz y rebelde esperanza de creer que los que están fuera de la ley social van a decir algo distinto del monótono e indestructible lugar común.

EL SALUDAR Y EL despedirse son como la puntuación del trato social. Corresponden a una concepción poemática del comercio humano. Despedirse al partir de una fiesta equivale a confesar que se pone punto final a un espacio de tiempo que tiene valor y significación en sí.

EL SOLITARIO SE ALIMENTA de sí mismo, a sí mismo destruye. Su paisaje es siempre el mismo, su universo lleno está de sí mismo. Cuando viaja o frecuenta otros hombres inteligentes, tendrá que hacer muchas rectificaciones a sus juicios, ideas y percepciones, errores que proceden del vicio mental que se llama soledad y que ha estorbado el sano y libre desarrollo de su entendimiento, anquilosándolo en un monólogo infecundo. El romanticismo preconiza y exalta la soledad, pero el siglo XVIII, más sabio, ensalzaba la sociabilidad, "flor de la civilización". Del romanticismo data una desproporcionada estimación del yo respecto de los demás. El romántico es a veces un actor genial en un teatro vacío. Él solo llena y rebasa el grande escenario que es el mundo. A menudo antójasenos el romanticismo como una galería de grandes insociables, grandes huraños, grandes egoístas, grandes solitarios.

……

...la murmuración maliciosa de quien no hay estado que escape.

Cervantes

NADA TAN DIFÍCIL como destruir una falsa opinión ajena sobre nosotros. Con nada logramos corregir una mala impresión que perdura. Nada podemos hacer para que ciertas gentes muden apreciaciones desfavorables originadas por una actitud tímida; por el chascarrillo a costa nuestra que hizo fortuna y que se recuerda siempre que se nos nombra; por alguna cena en que el vino descubrió modos de ser que no nos son habituales; por habladurías de algún gratuito enemigo cuya vanidad o impotencia rozamos al pasar, sin caer en ello; por una de esas mil causas –no débiles por mínimas– que rigen la formación de los juicios sociales, en que hay mucho de fortuito, de azar, de capricho, de ruindad, de bajeza y de vileza. Nada de esto podemos combatir porque se trata de un adversario de que rara vez nos damos cuenta. Ante la maledicencia estamos totalmente indefensos.

……

LOS INFORMALES desperdician como cosa propia el tiempo precioso de las gentes puntuales.

EN AMOR SÓLO HAY dos situaciones: persigue uno a una mujer o trata de librarse de ella. Pero dentro de esta seca fórmula general, qué variedad cabe de embrollos, de incidentes; qué diversidad de sentimientos, qué prodigio de matices, desde el anaranjado del primer deseo –imperioso y desesperado– hasta el violeta del último desengaño en que de nuevo tornamos al monólogo de siempre, el querelloso y grave monólogo de siempre.

LA MUJER ES UNA fuerza de la naturaleza, como el viento o el relámpago, terrible desatada; para el que quiere pagar el hospedaje, necesarísima, sujeta a la inteligencia ordenadora. O nos arrolla como al mísero Des Grieux, o nos saca como a tantos (a France, por ejemplo) del marasmo de la pereza y la vida estéril. Al igual que Odiseo ante las divinidades incógnitas, acerquémonos a ella temerosos si no sabemos la fórmula mágica que ata y orienta su incontrastable energía.

UN DÍA SE HASTIARON las sirenas de los crepúsculos marinos y de la agonía de los erráticos nautas. Y se

convirtieron en mujeres las terribles enemigas de los hombres.

EN EL BRILLO FRÍO de tus ojos y en la risa inhumana de tu boca y también en la olímpica frivolidad de tus razones y de tus gráciles velos, he adivinado que eres uno de estos crueles númenes que vengan alguna antigua y secreta afrenta olvidada ya hasta de los mitólogos más eruditos.

LA MUJER, AL SALIR de la juventud, pasa de la contemplación desinteresada de las cosas concretas a las generalizaciones, de la pasividad del instinto a la actividad intelectual que todo lo ata y desata. Al principio es sólo ideal espectadora de la vida, en tanto que nosotros, al contrario, comenzamos por ser teorizantes impenitentes y dados a todo género de abstracciones, y con los años asistimos a la bancarrota de nuestras ideologías.

Así, pues, en ellas es más espontáneo el desenvolvimiento de las facultades intelectuales, más natural y libre la historia del espíritu. Tienen sobre nosotros la superioridad de quien alcanza sus conquistas por modo más lento y suave.

En los hogares firmemente edificados se descubre en la esposa mayor comprensión para

todo que en el marido, más hondo sentido de los ritmos misteriosos de la vida. Él es a su lado un instrumento de allegarse medios para subsistir, un ser con funciones bien definidas; y tiene nada más la importancia transitoria del macho en ciertas especies zoológicas de que nos hablan los naturalistas.

No hay que envanecerse nunca de una incomprensión.

Quien no tenga nada que decir debe también escribir. Como la figura de Rops sostendrá sobre sus muslos y con los brazos alzados la gran lira a la que manos invisibles arrancarán los arpegios más sibilinos, los mensajes siderales más lejanos.

……

Un amigo me confesó:

–Mi vocación literaria es tan corta que tengo que prescindir de matrimonio, ambiciones, etc., pues cualesquier preocupaciones de este orden la dominarían y anonadarían.

……

UN TIPO. LO QUE SOLÍA afirmar era falso las más veces, cuando no trivial. Su dialéctica, especiosa; su énfasis, innecesario, patente su ignorancia de todo. Pero… ¡qué tono de voz estupendo!, ¡qué porte tan científico! Nunca se vio en sabio auténtico mejor estilo, mayor aplomo, superior actitud, más noble seguridad.

Índice

Presentación 5
El ladrón de ataúdes 9
Mi único viaje 12
Siglo XIX 17
Las barriadas 18
Estampa antigua 24
Un recuerdo 25
Ella era morena 27
Prólogo de una novela que no escribiré nunca ... 29
Otras lucubraciones 37
Discurso del Lic. Julio Torri 59
Joaquín Ramírez Cabañas 72
Valle-Arizpe 76
Cartier Bresson 78
Cultura francesa en México 81
El fin de México 83

Mariano Silva y Aceves 88
Dos aforismos 92
Recuerdos de la fundación
de la Escuela de Verano 93
Breve preámbulo 96
Jorge Cuesta 99
La bicicleta 101
La cocinera 103
El vagabundo 106
De fusilamientos 108
Era un país pobre 111
La humildad premiada 116
La vida del campo 117
Noche mexicana 119
Los unicornios 120
La feria 122
Mujeres 124
Fantasías mexicanas 126
Almanaque de las horas 128

El ladrón de ataúdes

y otros textos

JULIO TORRI

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos
"Profr. Arturo Berrueto González"
Enero de 2019

El tiraje fue de 1000 ejemplares

Julio Torri Maynes

(Saltillo, Coah., 1889-Cd. de México, 1970)

Maestro, escritor. Alumno del Ateneo Fuente; licenciado por la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1913); doctor en letras por la UNAM (1933). Perteneció al Ateneo de la Juventud. Fundó el Grupo Solidario del Movimiento Obrero. Publicó en las revistas más importantes de México. Fundador del Departamento Editorial de la Universidad Nacional. Director de la colección Clásicos de la SEP. Profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras. Miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Se desempeñó, bajo el gobierno de Venustiano Carranza, como consultor del gobierno del DF, jefe y oficial mayor del Departamento de Gobernación. Primer secretario de la Embajada de México en Brasil y Argentina. Profesor en la Universidad de Texas. Reconocido como maestro del *ars brevis*, destacándose como una de las figuras de la literatura latinoamericana. Maestro Emérito de la UNAM. Su obra literaria se encuentra reunida en los libros *Romances viejos, Sentencias y lugares comunes, Ensayos y poemas, De fusilamientos, Historia de la literatura española, Prosas dispersas, El ladrón de ataúdes , Antología , Diálogos de los libros* y *Tres libros.*

SC SECRETARÍA DE CULTURA

Clásicos Coahuilenses de bolsillo

Gobierno del Estado
Coahuila de Zaragoza